

SERVICIO
SECRETO

SS

LA RED LLENA DE PECES

Lou Carrigan





Lou Carrigan

La red llena de peces

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1512

ePub r1.1

Lds 17.01.19

Título original: *La red llena de peces*

Lou Carrigan, 1979

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La rubia que conducía el Convair entró en el estacionamiento conduciendo casi demasiado lentamente. Cuando se detuvo ante la máquina expendedora del tíquet y bajó el cristal de la ventanilla, sacó el brazo, pero sin volver la cabeza. Tomó el tíquet con sus enguantados dedos, el brazo desapareció, el cristal subió de nuevo, y el coche se deslizó por la rampa silenciosamente.

Era un *parking* enorme, de varios sótanos. Parte de él era para los inquilinos del edificio, y parte era utilizado libremente. En una ciudad como Nueva York, y en pleno Manhattan, cualquiera destinado a estacionamiento era considerado un tesoro...

La rubia desvió su coche de la rampa al llegar al segundo sótano. Buscó un lugar donde estacionar su automóvil, lo hizo, paró el motor, y quedó inmóvil, con la mirada fija en uno de los coches allí estacionados.

Un coche pasó por delante del Convair de la rubia, y ésta lo estuvo mirando hasta que desapareció por la rampa, hacia arriba. Luego, volvió a mirar el mismo coche de antes. Después, estuvo mirando a todos lados, siempre sin salir del coche.

No parecía que hubiese nadie más por allí.

La rubia miró su reloj. Estaba segura de tener tiempo, pero quería asegurarse. Claro que si alguien cambiaba su horario, las cosas se le iban a complicar, pero tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo ya.

No podía esperar más.

Se volvió hacia el bolso que tenía en el asiento contiguo, lo abrió, y sacó un pequeño paquete. Dejó el bolso de nuevo, desenvolvió cuidadosamente el paquete, y se quedó mirando la carga explosiva. Pequeña, pero suficiente para una sola persona. En

cuanto al mecanismo de conexión y percusión, ni se molestó en mirarlos; sabía que estaban en orden, que funcionarían.

Volvió a mirar a derecha e izquierda.

Nadie.

Muy bien.

De la guantera, la rubia sacó un estuche de piel, lo abrió y eligió una de las delgadas herramientas de acero, tras una nueva mirada al coche que le interesaba.

Sí, seguro: aquélla iría bien.

Con la larga ganzúa especial y el paquete de explosivo en una mano, la rubia salió de su coche, y se dirigió hacia el otro. No tuvo ningún problema para abrir la portezuela...

* * *

Arriba, en el piso doce del mismo edificio, una mujer de cerca de cuarenta años, morena, de porte elegante y rostro atractivo, aunque un tanto frío, salía del cuarto de baño, mirando con expresión irritada el teléfono sobre la mesita de noche, que estaba sonando.

—¿Sí? —Atendió la llamada—. Ah, hola, Spencer. ¿Qué tal?... Sí... Es verdad, lo siento... No me ocurre nada. Simplemente, estoy muy ocupada, y no he podido disponer de tiempo estos días para vernos un rato. Ya te digo que lo siento... No puedo. De veras, Spencer... No, mañana tampoco. Me gustaría cenar contigo, pero no me es posible. Y tampoco creo tener tiempo mañana... Ya te llamaré cuando me sea posible:... Vamos, no seas absurdo —frunció el ceño la mujer—. No se trata de nada de eso. Si quisiera acostarme con otro hombre, te lo diría y en paz. No es nada de eso. Trabajo y nada más... Bueno, tú dirás lo que quieras, pero para mí es importante... Spencer, escucha: yo soy Olivia Lengton, tengo un buen nombre en el periodismo, y hoy por hoy eso es lo que más me interesa en la vida. No se trata de que anteponga mi trabajo al amor... Además, ¿de dónde sacas eso de «amor»? Todo lo que hemos hecho tú y yo ha sido hacer el acto sexual unas cuantas veces, cuando a los dos nos ha venido de gusto. Eso es todo..., y no te autoriza a tener exigencias de ninguna clase conmigo. ¿Está claro?

Olivia estaba cada vez más nerviosa.

—Bueno, me lo tomo así porque tu actitud me está fastidiando. Tengo algo importante en perspectiva, y no pienso abandonarlo para meterme en la cama contigo. Si quieres esperar a que te llame, bien. Sino, encantada de haberte conocido. Adiós.

Olivia Lengton colgó el auricular con además contenidamente furioso, y regresó al cuarto de baño. Volvió a mirarse al espejo, críticamente. Bien, Spencer tenía sus buenos motivos para... perseguirla con tanta tenacidad, a fin de cuentas. Era bonita. No era ya una jovencita, pero sí era una hermosa mujer.

—De todos modos, tendrás que esperar, si quieres algo de mí —dijo en voz alta.

Se dio el último toque de maquillaje, volvió a contemplarse críticamente, y miró su reloj. Si todo iba bien, quizá hoy sacase algo en limpio... Sí, quizá consiguiese encauzar sus pesquisas de modo que, finalmente, consiguiese el reportaje de su vida... Movié la cabeza y encogió los hombros. Por experiencia sabía ya que no tenía que hacerse ilusiones. Al menos, antes de hora. Ni siquiera tenía certidumbre de que los datos conseguidos hasta entonces fuesen ciertos. Y por supuesto, mientras no tuviese esa certeza, no iba a escribir ni una sola línea de aquel reportaje...

Olivia Lengton recogió el elegante abrigo, el bolso, y salió del dormitorio. Segundos después salía de su apartamento. Otros pocos segundos más tarde, se metía en el ascensor que comunicaba directamente con el estacionamiento y pulsaba el botón de la segunda planta de éste.

El ascensor comenzó a descender...

* * *

Desde dentro del coche, la rubia podía ver la salida del ascensor al estacionamiento. Encima del hueco de la puerta, veía el letrero luminoso que indicaba la posición del ascensor en todo momento. Hasta entonces, había estado encendido el circular indicador del piso ocho. Luego, había señalado el doce. Ahora, el ascensor estaba bajando...

La rubia se quedó mirando el indicador. Piso nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, planta, sótano uno...

La rubia lanzó una exclamación, salió del coche a toda prisa, y echó a correr hacia el suyo. Apenas había cerrado la portezuela cuando el indicador se detenía en el sótano dos. Apareció en el hueco un resplandor de más intensidad. Luego, apareció Olivia Lengton, caminando de aquel modo elegante, casi altivo... Desde su coche, la rubia la miraba, fruncido el ceño. No había tenido tiempo de terminar la conexión, la carga no iba a explotar cuando Olivia Lengton pusiera en marcha el motor...

La mano de la rubia se deslizó hacia su bolso, lo abrió con dos dedos, y sacó la pistola provista de silenciador. Bien, lo mejor habría sido eliminar a la Lengton a distancia, pero puesto que no había tenido tiempo de colocar la carga y marcharse, lo haría de otro modo. Era más arriesgado, pero ya no podían esperar más.

Salió del Convair.

Olivia Lengton estaba ya cerca de su coche. Llegó junto al vehículo, sacó las llaves, abrió la portezuela... Ni siquiera parecía haber visto a la rubia.

Pero ésta llamó, con voz neutra:

—Señorita Lengton.

Olivia se volvió, sosteniendo ya la portezuela abierta, y en su rostro apareció un gesto interrogante. Acto seguido, vio la pistola, y el gesto fue de asombro, para convertirse inmediatamente en sobresaltada expresión de alarma. Abrió la boca para gritar...

Plop, plop, disparó la rubia.

Olivia Lengton recibió los dos balazos en pleno pecho y fue empujada brutalmente hacia el interior del coche, quedando tendida cara al tapizado techo del vehículo. La rubia masculló algo, y echó a correr hacia el coche de Olivia Lengton. ¿Y si no la había matado, y si sólo estaba malherida?

Desde allí, y gracias a que la puerta del coche todavía estaba abierta, la rubia podía ver la carga explosiva sobre el tablier. Muy bien: no había tenido tiempo de conectarla, pero...

Apuntó cuidadosamente, y disparó.

Plop.

Ocho metros más allá, brotó un súbito fogonazo de intenso resplandor rojo, el coche se movió bruscamente, la sorda explosión se expandió por el estacionamiento... Un instante, más tarde, cuando ya la rubia corría hacia su coche, el depósito de gasolina

estallaba con sordo rugido, y el coche quedaba inmediatamente envuelto en llamas, como rebozado en fuego.

La rubia se metió en su coche, dio el encendido, y salió disparada hacia la rampa. Llegó al primer piso, rechinando las ruedas del Convair...

* * *

Jake Mulford acababa de alzar la barrera para que saliese un coche del estacionamiento, previo abono de la estancia, cuando oyó, o creyó oír, el estampido, aquella explosión sorda... El coche cuyo conductor acababa de pagar, salió hacia la calle. Mulford se olvidó inmediatamente de él y salió a toda prisa de la encristalada cabina.

Se detuvo.

Bah, seguramente se había equivocado.

Estaba a punto de volver a su cabina de cobro cuando oyó el chirriar de los neumáticos de otro coche que subía, y eso le decidió. Volvió a su puesto, se sentó, miró al coche esperando que se detuviera a fin de que su conductor pagase..., y el coche pasó por la abierta barrera, decididamente.

—¡Hey! —gritó Mulford.

Ni caso.

La mirada de Jake Mulford fue hacia la matrícula del coche: Empire State
680 974

, un Convair. Claro que no iba a servir de nada, pero, nunca se sabe. Luego, miró hacia el conductor. Todo lo que pudo ver fue la rubia cabellera, un instante antes de que el coche desapareciese de su alcance crematístico y visual.

—La madre que te...

Fue entonces cuando Mulford comenzó a ver el humo. Un humo negro y denso. Sin detenerse a pensarlo, Mulford oprimió el timbre de alarma, y acto seguido se lanzó rampa abajo a toda velocidad. Aún no había llegado al segundo sótano cuando comenzó a ver el resplandor de las llamas.

—Ay, mi madre —gimió Jake—. ¡Ay, mi madre, ahora sí que la hemos...!

Llegó al segundo sótano, agarró de pasada uno de los extintores, y continuó corriendo hacia el vehículo siniestrado, hasta que el intenso calor del fuego le obligó a detenerse. Mulford accionó el extintor, y, en el mismo momento en que comenzaba a lanzar la espuma e identificaba el coche de la señorita Lengton, veía las piernas femeninas, es decir, se fijaba conscientemente en ellas, con toda su atención, pues hasta entonces, debido al humo y a su aturdimiento, no había podido ver nada...

—Dios —tartamudeó Mulford—. ¡Ésa debe ser la señorita Lengton...!

Intentó acercarse, pero era imposible. Para llegar hasta el coche no sólo hacía falta tener valor, sino un traje de amianto... Dos empleados más del estacionamiento aparecieron corriendo, procedentes de las plantas inferiores, y se apresuraron a ayudar a Mulford, que en aquel momento ni se acordaba del pequeño contratiempo que había significado para él el coche Convair matrícula

680 974

Sólo lo recordaría mucho más tarde, cuando el incendio hubiese sido sofocado, y el cuerpo de la señorita Lengton (si es que era ella, porque cualquiera se atrevía a asegurarlo) hubiese sido retirado del carbonizado vehículo.

Para pasmo de la mucha gente que ya se había congregado allí entonces, incluido, por supuesto, personal sanitario con una ambulancia y bomberos, la señorita Olivia Lengton todavía estaba viva cuando fue depositada en la ambulancia.

—Cielos —jadeó uno de los compañeros de Mulford—. ¡Yo no querría seguir con vida después de esto!

—No se preocupe —aseguró uno de los miembros de la ambulancia—: no vivirá ni para saber lo que le ha sucedido.

Segundos más tarde, la ambulancia salía del *parking*...

* * *

El Convair matrícula

680 974

estaba ya en New Jersey, dejando Nueva York atrás.

Ningún problema. La rubia conducía cuidadosamente, sin cometer el menor fallo o incorrección que pudiese llamar la atención sobre ella. Habría sido estúpido cometer un fallo de esa clase, después de haber conseguido llevar a cabo el trabajo...

Sonrió al recordar las llamas rodeando el coche. Seguramente, el cadáver quedaría carbonizado, y para cuando fuesen a darse cuenta de que Olivia Lengton tenía dos balazos en el pecho, ella estaría lejos, lejos, lejos...

Muy lejos.

Bueno, al menos lo suficiente para sentirse a salvo... ¿O no? Recordó de pronto al hombre del estacionamiento, el que se había metido en la cabina al aparecer ella con el coche. ¿La había visto bien? Quizá a ella no, pero seguro que sí había visto bien el coche. Y quizá hasta se hubiese fijado en la matrícula... Comenzó a sentirse un tanto inquieta. ¿Abandonaba el coche? Quizá era una buena idea, pero si hacía eso, perdería mucho tiempo antes de conseguir otro medio de transporte para llegar a... No, no podía volver con ellos. Tenía que volver al motel.

Al motel. Eso haría. Sí, lo mejor era volver al motel, y esperar allí, para asegurarse de que todo iba bien...

«Me estoy preocupando por nada —pensó—. Estoy segura de que el hombre del *parking* no ha podido verme bien. En cuanto al coche, ¡bah!».

De todos modos, decidió regresar al motel. Las precauciones nunca estaban de más.

Estuvo mirando por el retrovisor continuamente hasta que llegó la noche, pero ningún vehículo despertó sus sospechas, ni la inquietó. Cuando llegó la noche, desistió de mirar por el retrovisor y de preocuparse.

No era posible que nadie la hubiese seguida hasta entonces, ni que pudiera seguir tras ella hasta llegar al Delaware Motel.

CAPÍTULO II

Detuvo el viejo Dodge a la entrada del motel, y se quedó mirando el nombre de éste en lo alto de la arcada, como dubitativo. Sin embargo, parecía un lugar agradable, así que, finalmente, el hombre reanudó la marcha hacia el interior, conduciendo calmadamente.

Todo en él rebosaba calma. Era un tipo impresionante, de más de metro ochenta, complexión atlética pero sin alardes. Cuando se apeó del coche delante de la cabaña-conserjería del Delaware Motel, el conserje, que estaba mirando tras los cristales, se quedó estupefacto. ¡Vaya tipazo! Vestía con tonos oscuros, deportivamente, con elegante descuido. Su agresiva mandíbula se proyectaba hacia delante por encima del alto cuello del negro jersey. Tenía las manos grandes y fuertes, nervudas, tostadas por el sol, como el rostro. Impresionante. Sobre todo, los ojos, negros y de lenta y tranquila mirada entre los alargados párpados...

Cuando el recién llegado caminó hacia la puerta, sus cabellos rubio oscuro, un tanto largos, se movieron suavemente. El conserje se apresuró a abrir la puerta y sonrió al impresionante sujeto.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

—Parece que hoy tendremos sol, pese a todo... Claro que es muy temprano para decirlo, pero apuesto a que sí.

—¿Tiene alguna cabaña libre?

—Desde luego. ¿Viaja usted solo?

—Sí.

—Puedo darle una de las pequeñas, entonces. Se ahorrará diez dólares.

—Estupendo.

El conserje pasó tras el pequeño mostrador, miró en los casilleros, y descolgó una de las llaves.

—La ocho estará bien. ¿Está de paso o va a quedarse algún tiempo?

—No creo estar más de un par de días.

—De acuerdo. ¿Quiere firmar aquí, por favor?

El recién llegado asintió, tomó el bolígrafo, y escribió su nombre debajo del último anotado, el de una tal Helen Travers, que ocupaba la cabaña veintiuno, y que había llegado dos días antes al motel. Mientras el nuevo cliente anotaba su nombre, el conserje se dio cuenta, sorprendido, del único defecto que parecía tener el impresionante sujeto: era sordo. O cuando menos, no debía oír muy bien, ya que, tras la oreja derecha, llevaba un moderno Sonotone, un pequeño audífono que hasta entonces había quedado oculto a la mirada del conserje. Bueno, nadie es perfecto. Aquel tipo era sordo, y él era más bien bajo y tirando a feo. La vida...

—Será mejor que le pague los dos días por adelantado —dijo el hombre, tras firmar—: puedo marcharme en cualquier momento, sin avisar.

—Okay, señor... señor Platt —terminó el conserje tras mirar el nombre escrito—. Le acompañaré a su cabaña...

—No se moleste. La encontraré.

—Como guste. De todos modos, no tiene pérdida. Las pequeñas son las que están más cerca de la playa.

—Gracias.

El hombre tomó la llave y salió de la cabaña-conserjería. El conserje miró de nuevo el nombre: Oscar Platt. Se acercó de nuevo a la ventana y vio a Platt meterse en el coche. Sí, impresionante. Pero sordo. La vida.

Oscar Platt condujo lentamente por los senderos del Delaware Motel, sito a unas quince millas al Sur de Atlantic City, en la periferia norte de la localidad de Cape May, en la boca izquierda de la Bahía Delaware. Era un lugar amplio, de apariencia tranquila. No se veía a nadie, quizá debido a la hora temprana, apenas las ocho y media de la mañana. Además, aunque parecía que, en efecto, iba salir el sol, de momento hacía bastante frío. No era, ciertamente, el momento más grato para pasear por la playa... Pasó cerca de la piscina, que estaba vacía y limpia. No había nadie jugando al

tenis... Al fondo, el tono agrisado del mar, cuyo horizonte se perdía entre brumas...

Oscar Platt pasó cerca de la cabaña veintiuno, muy despacio, mirando el coche detenido muy cerca del porche, un Convair de color oscuro, matrícula

680 974

de Nueva York. Después de mirar la matrícula, Platt miró hacia la cabaña, en la que no parecía haber nadie. Todo estaba cerrado.

Con absoluta indiferencia, Platt siguió conduciendo en busca de la cabaña ocho, que, en verdad, no fue difícil de localizar. Detuvo el coche frente al porche, se apeó, abrió el maletero, y sacó una maleta de sólida piel negra. No parecía llevar más equipaje.

Segundos más tarde, entraba en la cabaña que le había sido asignada. Cerró la puerta, fue al único y pequeño dormitorio, y dio una vuelta por la totalidad de la cabaña, echando vistazos que parecían matizados por un absoluto aburrimiento. Había una diminuta cocina, un cuarto de aseo, y el saloncito. Eso era todo, aparte del dormitorio. Un habitáculo de apenas treinta metros cuadrados.

Oscar Platt estuvo mirando su maleta, sobre la cama, hasta decidirse a no sacar las cosas de ella. Simplemente, la colocó en la banqueta. Luego, regresó al saloncito, se aproximó a la ventana, y separó dos listones de la persiana, de modo que pudo ver la cabaña veintiuno, entre otras. El Convair seguía allí.

—Bien —dijo en voz alta—: ya estoy aquí. Esperaremos.

Abrió la persiana lo suficiente para no tener que estar sosteniéndola con los dedos. Luego, encendió un cigarrillo, y su mirada quedó fija de nuevo en el Convair matrícula

680 974

de Nueva York.

Cierto, esperaría.

Esperaría el tiempo que fuese necesario.

Pero no tenía por qué cansarse permaneciendo de pie todo el tiempo. Encontró unas revistas en el saloncito, y se puso a leerlas, sentado cómodamente en el sofá. Parecía el hombre más aburrido y con menos ocupaciones del mundo. De cuando en cuando, una chispa de ironía pasaba por sus negros ojos, al leer alguna noticia o informaciones sobre políticos, artistas de cine, cantantes... En

verdad, el mundo era divertido... en algunos aspectos nada más, claro.

Hacia las doce y veinticinco, Oscar Platt dejó las revistas, se puso en pie, y se acercó de nuevo a la ventana. El Convair seguía allí. Cinco minutos más tarde, la puerta de la cabaña se abrió, y apareció su ocupante, una muchacha rubia de silueta que se adivinaba espléndida bajo un abrigo de falsa piel de leopardo o animal parecido.

La muchacha rubia no entró en el Convair, sino que se dirigió a pie hacia la cabaña-conserjería, reluciendo su bonito cabello rubio al sol, que había salido, en efecto. Un día frío, pero agradable.

Oscar Platt salió de su cabaña, la cerró cuidadosamente, y se dirigió, también a pie, hacia la cabaña-conserjería. Cuando entró en ésta, la muchacha rubia no estaba allí. Es decir, no estaba en la zona de recepción, sino en la otra mitad, cuya puerta estaba ahora abierta. Platt miró con leve sorpresa al conserje, que a su vez lo miraba con interés.

—No sabía que tuviesen comedor —dijo Platt, señalando hacia donde estaba la muchacha, sentada a una mesa con mantel rojo.

—Es muy pequeño —dijo el conserje—. Casi nadie lo utiliza. Prefieren cocinar en la cabaña, o buscar un buen restaurante. Claro que si no es usted exigente, puede almorzar aquí.

—A mí me va bien cualquier cosa. Y no tengo ganas de ir a ningún sitio.

—Le aconsejo las hamburguesas.

Platt asintió y entró en el pequeño comedor de mesitas redondas con manteles rojos, en cuyo centro había un pequeño búcaro con una flor de plástico. Ocupó una de las mesas, cerca de la muchacha rubia, que le contemplaba con relativo interés. Era muy bonita, de grandes ojos verdes, boquita sonrosada, nariz perfecta. Se había quitado el abrigo, y sus pechos destacaban, airoso, en el jersey de color azul, que hacía destacar su melena rubia. Preciosa.

—Se está bien aquí —dijo Platt.

La muchacha sonrió levemente.

—Sí. La calefacción es mejor que en las cabañas. Al menos, mejor que en la mía.

—¿No son todas las calefacciones iguales? Quiero decir que el calor es siempre calor... ¿no?

—Si los radiadores eléctricos funcionan bien, sí.

Platt frunció el ceño y terminó por asentir.

—Claro... Claro.

Apareció un tipo con delantal blanco y un gorro del mismo color, que se acercó hasta quedar equidistante de ambos, y, dijo:

—Las hamburguesas son estupendas. Con cebolla.

—¿Qué más tienen? —preguntó la rubia.

—Pollo, ensalada, tarta de manzana.

—Comeré hamburguesas —dijo la rubia—. Con cerveza.

—Lo mismo para mí —dijo Platt.

—Okay. ¿Café?

—Sí —dijeron a la vez Platt y la rubia.

Se miraron y sonrieron. El cocinero-camarero se retiró, satisfecho por lo fácil que le iba a resultar todo aquella mañana. Claro que por las mañanas casi siempre era todo fácil. Por la noche ya era diferente...

—Es un sitio tranquilo —dijo Platt.

—Sí, es cierto.

Ella encendió un cigarrillo, y lo miró con cierto gesto especulativo. Estuvieron silenciosos un par de minutos, hasta que Platt dijo:

—Parece que ya no va a nevar más.

—No hay que confiarse. De todos modos, aquí no es lo mismo que en Nueva York.

—¿Viene usted de Nueva York? —preguntó Platt.

—No. Lo he leído en los periódicos. Creo que de aquí para arriba está nevando en serio.

—Sí... Eso parece.

—¿Y usted? ¿Viene de Nueva York?

—No. Voy hacia Nueva York. Pero antes de seguir el viaje me he detenido a esperar instrucciones de mis jefes... ¿Le gustan a usted los jardines?

—Pues... sí, claro.

—Vendo herramientas para jardinería. Supongo que mis jefes están pensando en la conveniencia de dejar mi visita a Nueva York para la primavera.

—Sería una buena idea.

—Supongo que sí, pero ya sabe, los pedidos se han de hacer con

antelación, o luego se corre el riesgo de no recibirlos a tiempo.

—Eso también es verdad —asintió la rubia.

—No me gustaría perder ventas nada menos que en Nueva York —refunfuñó Platt—: sería el peor negocio del año.

—Lo comprendo. Debe usted vender mucho en una ciudad tan grande...

El conserje, que había estado por allí, se alejó despaciosamente, regresando a su puesto de trabajo. Seguro que el sordo había ligado con la rubia... Seguro. Era cosa de ellos, de todos modos. Los dos habían llegado solos, y allá con sus cosas... Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. Mirar por ella le distraía, pese a que en invierno no había gran cosa que ver. En verano se hartaba de ver chicas en bikini o en equipo de tenis. Bueno, lo de que se hartaba era un decir: le encantaba ver los tersos muslos de las muchachas. Y sobre todo, los pechos. Algunas tomaban el sol junto a la piscina con los senos al descubierto, y él se daba de cuando en cuando una vuelta por allí. La vida. Flaquezas humanas. Claro que si fuese un tipazo como el señor Platt, podría conseguir de las chicas algo más que eso, pero en fin... La rubia también estaba fenomenal, desde luego. Seguro que ligaban, seguro.

Estaba mirando distraído el coche que se acercaba, y de momento no le prestó atención. Luego, con toda lógica, pensó que llegaba más gente al motel. A través del parabrisas divisó las formas de dos personas; dos hombres.

Se sorprendió un poco cuando el coche no se detuvo delante de la conserjería, sino que siguió adelante por el sendero. Bueno, quizá iban a visitar a alguien que ya estaba alojado en el motel..., o a recoger a alguien para llevarlo a almorzar por ahí.

Salió al porche de la cabaña, curioso. El coche recién llegado circulaba lentamente, y lo vio detenerse un instante delante de la cabaña veintiuno..., precisamente la de la señorita Travers, la que estaba ahora ligando con el señor Platt.

La señorita Travers estaba como un tren, pero era un tanto rara. Había llegado dos noches antes, muy arrebujaada en su abrigo de piel de leopardo, con las solapas subidas de tal modo que apenas había podido ver su rostro; apenas un destello de ojos verdes y la frente. Al día siguiente de llegar, se había marchado, y había estado fuera todo el día prácticamente; había regresado ya de noche, se

había encerrado en su cabaña, y punto final. Y ahora, por fin, había podido verle bien su preciosa carita. La había visto cuando ella había entrado en la conserjería minutos antes, y se había quedado mirándole expectante hasta que él la saludó: «¡Buenos días, señorita Travers! ¡Por fin ha salido el sol!». Ella había sonreído, había dicho que sí, y había preguntado si podía comer algo... Y allá estaba, con el señor Platt...

¿Qué hacían los dos hombres recién llegados? Habían aparcado el coche, y ahora estaban detenidos, al parecer esperando algo... ¿A la señorita Travers? Porque, indudablemente, se habían colocado de tal modo que podían ver bien la cabaña veintiuno. ¿Se había metido en algún lío la señorita Travers? ¿Eran de la Policía aquellos dos sujetos del coche?

Una cosa había aprendido en su vida el conserje del Delaware Motel: no meterse en lo que no le concernía. Si la señorita Travers estaba en algún lío, lo mejor era mantenerse al margen; nada de complicaciones con la Policía. Si había pasado algo, o pasaba algo, todo lo que tenía que decir él era que no sabía nada de nada. ¡Allá cada cual con sus problemas! Así es la vida.

Regresó al interior de la cabaña. Le llegó el rumor de la conversación entre la señorita Travers y el señor Platt. Oyó la risa de la muchacha. Sí, el señor Platt, además de atractivo y muy masculino, debía saber cómo tratar a las chicas. Parecía un hombre de experiencia, un hombre de esos que llaman «corridos», que han corrido mucho por esos mundos. ¡Ah, esto sí que era envidiable...!

Un poco más tarde, los dos únicos comensales del motel salieron del pequeño restaurante. La señorita Travers se había puesto su abrigo de piel y, como dos noches antes, se había alzado el cuello del abrigo, de modo que apenas se veía su rostro... Seguro que sí: la chica se había metido en algún lío. Ahora recordaba que cuando entró también llevaba subido el cuello del abrigo. Su actitud, en todo momento, salvo en el comedor, claro, había sido y seguía siendo la de una persona que no quiere que le vean el rostro.

«De nada te va a servir —pensó el conserje—: ¡te están esperando ahí fuera! Y por mucho que te tapes la cara, me parece que no vas a conseguir nada. Lo siento porque estás como un tren, nena...».

—¡Hasta luego! —se despidió jovialmente la rubia.

—Hasta luego, señorita Travers. Hasta luego, señor Platt.

—Adiós —se despidió éste.

Le abrió la puerta a la muchacha, que puso sus manos en el cuello, apretando contra éste las anchas solapas del abrigo, y salió. Tras ella salió Platt, y cerró la puerta. El conserje corrió hacia allí, esperó unos segundos, y se asomó cautamente. Los vio a los dos caminando hacia la cabaña veintiuno. El coche con los dos tipos dentro seguía en el mismo sitio. Platt y la señorita Travers llegaron ante la cabaña de ella, se detuvieron, charlaron cosa de un minuto... Luego, ella entró en la cabaña, y Platt continuó el camino hacia la suya.

La mirada del conserje se desvió hacia el coche de los dos desconocidos. Seguro, ahora saldrían del coche, irían a la cabaña veintiuno y...

Pues no.

El coche se puso de pronto en marcha y se dirigió a la salida del recinto del motel. Segundos más tarde, el conserje lo había perdido de vista.

—Vaya chasco —masculló, regresando al interior de la cabaña—. ¡No se puede ser fantasioso en esta vida!

Mientras tanto, el coche se alejaba del motel. Dentro de él, los dos hombres permanecían en silencio, mirando hacia los edificios de la cercana Cape May. De pronto, el que no conducía señaló hacia la derecha, y el otro vio la cabina telefónica. Asintió, y segundos más tarde detenía el coche frente a la cabina.

—Sobre todo —dijo, el conductor—, que te diga quién es el tipo que la ha acompañado ahora a su cabaña.

El otro asintió, se apeó, y se metió en la cabina telefónica...

La rubia volvió la cabeza hacia el teléfono cuando éste emitió el primer timbrado de llamada. Estaba sentada en el sofá, con una de las revistas en las manos... Esperó a que el aparato sonase un par de veces más y entonces atendió la llamada.

Su voz fue apenas un susurro:

—¿Diga?

—¿Marian?

—¿Quién es? —continuó susurrando la rubia.

—Soy Dewey... Supongo que has visto nuestro coche. Thurber está conmigo. ¿Nos has visto?

—Sí.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no has vuelto? ¿Tiene algo que ver el tipo con el que te hemos visto? ¿Quién es él?

La rubia bajó aún más el tono de su voz, como si temiera que alguien pudiera oírla en la cabaña:

—Lo hice, hice lo de... lo de Nueva York...

—Eso ya lo sabemos. Pero queremos saber por qué no volviste a reunirte con nosotros. ¿Por qué sigues en el motel?

—Vieron mi coche. No fue fácil hacerlo... Al salir del estacionamiento vieron mi coche, estoy segura de que tomaron la matrícula. No me pareció prudente reunirme con vosotros, preferí volver aquí, con la esperanza de que vendríaís a ver qué me pasaba. ¡No sé qué hacer! Temo que si circulo de día con el coche me encuentren... ¡Seguro que me están buscando!

—Está bien, está bien, cálmate. ¿Quién es ese tipo?

—¿El que me ha acompañado? No sé... Dice llamarse Oscar Platt, viajante de herramientas de jardinería. Un pesado que se cree simpático y conquistador.

—¿Eso es todo?

—Supongo que sí, pero no estoy segura, claro... Cuando salí de Nueva York ya era de noche, viajé deprisa hasta aquí y llegué bastante tarde, pero no sé... ¿Qué hago, Dewey?

—Bueno, simplemente sal de ahí. Te estaremos esperando...

—No, no... ¡De día, no! Si ven el coche...

—Vamos, Marian, sabes que el coche es robado, así que...

—¡Precisamente! Quizá lo estén buscando también por ser robado, además de por lo de Nueva York, por la muerte de la periodista... ¡Prefiero esperar a la noche!

Hubo unos segundos de silencio hasta volverse a oír la voz de Dewey:

—Te diré lo que vas a hacer. Puesto que tan asustada estás, cosa que me sorprende en ti, esperaremos a la noche. En cuanto oscurezca, sales de tu cabaña, y abandonas el motel a pie, y nosotros te recogeremos. Deja el coche ahí, simplemente. Cuando lo encuentren, que busquen a Helen Travers, si quieren. ¿De acuerdo, Marian?

—Sí... Sí, estupendo. Gracias, Dewey. Saldré de aquí en cuanto oscurezca.

—De acuerdo. ¿Qué te pasa en la voz?

—¿En la...? Oh, no sé, estoy... un poco asustada, eso es todo. ¿No me oyes bien?

—Claro que sí, pero hablas en susurros como si hubiese alguien en la habitación de al lado. Vamos, tranquilízate. Has hecho un buen trabajo, así que «Black Klan» te premiará, como siempre. Hasta luego.

—Hasta luego.

Helen Travers colgó y volvió a sentarse en el sofá. Encendió un cigarrillo, y se dedicó a continuar leyendo revistas. Faltaban no menos de cuatro horas para que oscureciese.

CAPÍTULO III

Hacía unos diez minutos que había oscurecido cuando Helen Travers abandonó la cabaña veintiuno, siempre bien arrebujaada en su abrigo de piel de leopardo, subido el cuello. Hacía un frío húmedo y quieto, como tangible.

Cerró la puerta, dejó la llave puesta, y se volvió a mirar hacia el Convair, y luego echó un vistazo alrededor. No parecía que hubiese nadie por allí, aunque esto podía ser engañoso, ya que las luces en algunas ventanas creaban, como contraste, zonas de sombra.

La falsa Helen Travers bajó del porche y se encaminó a pie hacia la salida del motel... Apenas había dado unos pasos cuando, por detrás de ella, más cerca de la playa, se oyó, amortiguado, el zumbido del motor de un automóvil al ser puesto en marcha. Aparecieron unas luces de posición, un coche se acercó, las luces de los faros iluminaron por detrás a Helen Travers, que se apartó aún más del centro del sendero, y finalmente se detuvo. Dos grandes ojos amarillentos llegaron, por el sendero, y se detuvieron, ya rebasada la posición de Helen.

La voz de Oscar Platt llegó desde el coche:

—¿Va a cenar fuera del motel, señorita Travers?

—Sí... Así es, señor Platt.

—¿Se ha estropeado su coche? Puedo llevarla con mucho gusto adonde usted quiera —la portezuela se abrió, y apareció la alta y atlética figura de Platt—. Hasta me atrevería a invitarla a cenar, si le parece bien.

—No... No, gracias, señor Platt.

—Vamos... ¿Qué tiene de malo? Sólo intento ser un buen vecino. ¡Le prometo no hablarle de herramientas para jardinería! —El apuesto Platt se acercó, se detuvo ante ella—. ¿Cuál es su tema

preferido de conversación?

—Oh, cualquiera... Es sólo que no tengo deseos de conversar esta noche.

—Ah. Bueno, de acuerdo, no voy a insistir en mi invitación a cenar. Pero insisto en llevarla en mi coche. ¿Qué le pasa al suyo? ¿Quiere que le eche un vistazo?

—No... Hace mucho frío para ponerse ahora a mirar un motor.

—Eso es cierto. Vamos, no sea tan esquivo... Suba. Puedo llevarla adonde quiera, sin ponerme pesado, de veras. Usted misma dice que hace mucho frío. ¿Qué sentido tiene que usted pase frío cuando yo puedo llevarla en mi coche?

Hubo todavía una leve vacilación en la rubia.

—Está bien... Gracias, señor Platt. Es usted muy amable.

Rodearon los dos el coche, por la parte de atrás. Oscar Platt abrió la portezuela derecha, esperó a que Helen estuviese acomodada, y regresó a su asiento ante el volante. El coche reanudó la marcha, y segundos después salía del recinto del motel...

* * *

Dentro del coche, Dewey y Thurber vieron salir el que conducía Oscar Platt, y por un instante lo miraron con indiferencia. Acto seguido, cambiaron una mirada alarmada.

—¡Es Marian! —exclamó Dewey—. ¡Y va con ese tipo!

—Sí... Es ella, desde luego. ¡Maldita sea! ¡Esto no tiene sentido!

El automóvil conducido por Oscar Platt pasó de largo, y Thurber partió en su seguimiento, refunfuñando.

—Algún sentido debe tener —murmuró Dewey—. Desde luego, no creo que ella haya ido a buscar a Platt para que la acompañe, ¿verdad? Sabe perfectamente que la estamos esperando.

—Ese tipo debe haberse puesto pesado... Quizá ha estado esperando verla salir para seguir intentando el acercamiento, y al verla a pie ha aprovechado la ocasión. Pero no comprendo por qué ella ha aceptado. ¡Es una estupidez!

—Bueno, quizá no tanto —reflexionó Dewey—. Quizá ha preferido dejarse llevar por ese Platt hasta donde va él que discutir de modo que él se sorprendiese de su negativa a ir en coche con este maldito frío. Sigue tras ellos. Verás como pronto ella se apea, y

asunto terminado.

—Seguramente es eso.

Pero no, no fue eso.

En principio, parecía que Oscar Platt se dirigía hacia Cape May, pero cuando estaba a punto de enfilear la calle principal de la población, se desvió, y tomó por un camino estrecho. Las luces rojas de posición se perdieron pronto en la distancia, y Thurber, refunfuñando, aceleró hasta volver a divisarlas, a buena distancia. El camino discurría por entre una espesa pineda, y no parecía precisamente la zona más transitada de Cape May.

De pronto, Dewey hizo chascar los dedos, y soltó una carcajada.

—¡Lo siento por ése Platt! —exclamó.

—¿De qué estás hablando?

—Ella lo va a liquidar. ¿No lo comprendes? El tipo debe haberse puesto tan pesado que Marian se ha puesto nerviosa, quizá está pensando, que es de la Policía, o algo así... De modo que se lo lleva a un lugar tranquilo para hacer el amor.

—No digas tonterías... Si quisieran hacer eso en ninguna parte estarían mejor que en el motel.

—Precisamente. ¿No comprendes la maniobra de Marian? Debe haberse mostrado dulce, y el tipo en estos momentos estará brincando de alegría por el buen bocado que le espera. Naturalmente que si lo que quisiera Marian fuese acostarse con él, lo habrían hecho en el motel, hombre... Si lo lleva a un sitio como éste es para liquidarlo.

Thurber sonrió, frunciendo el ceño. Su expresión era divertida.

—Bueno, todo lo que le ocurra a ese Platt le estará bien empleado, por cretino y pesado.

—No pierdas de vista las luces..., pero no te acerques demasiado, no sea que él se dé cuenta de que los estamos siguiendo. ¡Me parece que acaban de salir del camino!

—Pues será mejor que conduzcan con mucho cuidado: hay muchas pequeñas lagunas por aquí, y si se descuidan se van a meter en una de ellas con el coche.

—Sigue un poco más y para fuera del camino. Nosotros iremos a pie y nos reuniremos con Marian cuando ella haya terminado con ese imbécil. ¡No sabe con quién se ha metido!

—No veo las luces...

—Te digo que pares. Seguiremos a pie. Encontraremos el coche parado en cualquier parte, ya verás.

Thurber sacó el coche del camino, estacionándolo entre algunos enormes pinos. Cuando salieron del coche, los dos mascullaron su descontento. La noche era despejada, llena de estrellas, pero el frío era terrible. Dewey señaló hacia delante, y caminaron hasta donde calculó que el coche de Platt había dejado el camino. Caminaron sigilosamente por entre los pinos, y, en efecto, pronto vieron grandes manchas relucientes en amplios claros entre los pinos. Las aguas de las lagunas parecían fríos espejos de acero.

Se detuvieron y miraron alrededor, apercibiendo el oído. No veían nada, ni se oía nada. Había alrededor como un resplandor de espejos de metal, tenue, azulado... De alguna parte llegó, de pronto, un fuerte rumor, como un chapoteo. En aquella fría luminosidad, Thurber y Dewey se miraron. Veían el contorno de sus cuerpos y rostros, y el brillo de sus ojos.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Thurber.

—Calla. Ha sido cerca de aquí...

El silencio volvió, pero por poco tiempo. De súbito sonó el chasquido seco de la portezuela de un coche al ser cerrada, y acto seguido el zumbido de un motor. Las cabezas de ambos giraron en aquella dirección, y vieron la sombra metálica desplazándose lentamente. El coche de Platt pasó, sin luz alguna, a unos treinta metros de ellos, por entre los pinos, de regreso hacia el camino.

—Ya se lo ha cargado —sonrió Dewey—. ¡Volvamos al camino para reunimos con Marian! Debe haber comprendido que los hemos seguido, y acude a nuestro encuentro. ¡Vamos!

Echaron a correr hacia el camino, pero el coche de Platt llegó antes. En cuanto llegó, al camino, las luces de posición fueron encendidas, y enseguida, los faros. El motor rugió con fuerza, y el coche aumentó la velocidad, en dirección a Cape May... Cuando pasó frente a Thurber y Dewey, éstos se hallaban a unos quince o veinte metros del camino. Dewey abrió la boca, para gritar llamando a Marian, pero hubo un resplandor al pasar el coche, y, por una fracción de segundo, los dos hombres vieron la silueta del conductor. Sólo por un instante brevísimo, pero suficiente.

—¡Ése es Platt! —aulló Thurber.

Inició el gesto para echar a correr hacia el camino, sacando la

pistola, pero Dewey lo retuvo por una manga.

—Es inútil, no lo alcanzaremos. Pero sabemos adónde va... ¡El maldito se ha cargado a Marian!

—¿Cómo que se ha cargado...?

—¿No lo comprendes? ¡Ella no ha podido engañarlo, y ha sido él quien la ha matado a ella! ¡La ha tirado a una de esas malditas charcas!

—Pero... ¡Vamos a echar un vistazo!

—¡Qué vistazos ni qué leches, idiota! ¡Lo que tenemos que hacer es ir al coche y volar hacia el motel! Si alguna posibilidad tenemos de encontrar a Platt es yendo allí, por si va a recoger sus cosas... ¡Corre!

Llegaron, jadeantes adonde habían dejado el coche. Por supuesto, no había ya ni rastro del de Oscar Platt.

—¡La puta que lo parió...! —aulló Thurber, poniendo en marcha el coche.

—Cálmate —gruñó Dewey—. Y conduce deprisa, pero con cuidado. ¡Ese tipo no sabe con quién se ha metido...!

* * *

Oscar Platt entró a toda prisa en su cabaña del Delaware Motel, cerró tras él, y corrió hacia el dormitorio. Encendió la luz, fue adonde estaba la maleta sobre la banqueta, y la abrió. Acto seguido, recorrió rápidamente la cabaña, en busca de algo que pudiera quedar olvidado allí, pero no parecía que éste fuera el caso. Regresó al dormitorio, echó otro vistazo alrededor, y finalmente cerró la maleta. Apagó la luz, salió al saloncito, y fue a dejar la maleta junto a la puerta. Apagó la luz, esperó unos segundos, y se dedicó a mirar por la ventana. Vio el coche Convair, luces en otras ventanas...

Asió la maleta con la mano izquierda, abrió la puerta, y salió rápidamente al porche.

Más que ver a los dos hombres, los sintió junto a él, uno a cada lado, pegados a la pared.

—No mueva las manos, Platt —sonó la seca orden.

Oscar Platt quedó inmóvil; como si fuese de piedra.

Uno de los hombres se acercó a él por detrás, y comenzó a palpar su cuerpo. En cuestión de segundos encontró la pistola, en

un bolsillo, y la requisó rápidamente.

—Coja la maleta con las dos manos y vuelva a entrar en la cabaña.

Platt obedeció, en silencio; Detrás de él entraron los dos hombres, tras encender la luz. Dewey cerró la puerta. Thurber se desplazó un poco, siempre apuntándole con su pistola. En cuanto a Dewey, tenía dos pistolas, no, una. Movi6 una de ellas, mostrándola a Platt.

—Es la pistola de Marian —murmuró—. ¿La ha matado?

—No sé de qué hablan —gruñó Platt—; ni siquiera conozco a nadie llamado...

—Helen Travers. ¿Le suena más este nombre?

Oscar Platt parpadeó, lentamente. Miró de uno a otro hombre, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró—. ¿Policía?

—Es listo el tipo, ¿verdad? —Gruñó Thurber—. No hace ni quince minutos que ha cometido el crimen y cree que la Policía ya lo ha encontrado.

Platt ladeó la cabeza.

—¿Son amigos de ella?

—Sí.

—Bueno... No tenía ninguna intención de matarla. Ha sido un accidente. Quiero decir que fue ella quien quiso matarme a mí, precisamente con esa pistola. Conseguí desviar el arma, y...

—¿La tiró a una laguna?

—Sí —Platt se pasó de nuevo la lengua por los labios—. Bueno, me la encontré muerta en las brazos, y me asusté... un poco.

—¿Sólo un poco?

—Sólo un poco —asintió Platt—. No es la primera persona que mato. En cuanto a ella, sé que yo tampoco habría sido su primer muerto.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero, al asesinato de la periodista de Nueva York, la famosísima...

Los dos hombres escuchaban con mucha atención a Oscar Platt. Con demasiada atención. Tanta, que cualquier otra posible actitud o reacción por su parte estaba muy lejos de funcionar con los reflejos debidos o, al menos, convenientes para ellos... Y, por otra parte, la

acción de Oscar Platt fue demasiado rápida, demasiado fulminante...

Todavía hablando con toda naturalidad, asió de pronto a Thurber por la muñeca armada y, al mismo tiempo que lo hacía girar para que el posible disparo no le alcanzase, lo empujaba con tremenda fuerza hacia Dewey, que consiguió disparar.

En realidad, los dos consiguieron disparar. Thurber, con su pistola, hacia un rincón del saloncito. Dewey, con las dos que empuñaba, contra Oscar Platt... Sólo que entre Dewey y Oscar Platt se interponía Thurber, chillando, en el momento del doble disparo... Una de las balas le alcanzó en un ojo, reventándolo de modo horripilante, y la otra se clavó en el centro de su pecho. Con todo, el impulso recibido por Thurber era tan fuerte que prosiguió su trayectoria, ya muerto, quebrado su grito sobresaltado, hasta chocar de frente con Dewey, que también gritó al recibir el impacto sangriento. Un impacto que lo derribó aparatosamente de espaldas, mientras Thurber parecía caer de rodillas ante él, para caer finalmente de lado.

En el suelo, Dewey reaccionó rápidamente. Había perdido la pistola de Helen Travers al querer contener él; encontronazo con su compañero, pero todavía tenía la suya propia en la mano cuando se sentó velozmente y buscó con la mirada a Oscar Platt... Tuvo tiempo de verlo, pero sólo eso. En el momento en que lo veía, a su derecha, recibía el puntapié en la mano derecha, que crujió. La pistola saltó por el aire, cómo impulsada por el alarido de dolor de Dewey, que se encogió, sosteniendo la mano derecha con la izquierda...

Una mano nervuda, grande, fortísima, lo asió por la ropa del cuello, y lo puso en pie de un tirón. Dewey abrió la boca para gritar algo, pero recibió tal golpe en el estómago que todo su aliento pareció morir dentro de su cuerpo, del cual tuvo la sensación de que acababa de ser partido en dos. Con ojos desorbitados, vio ante él aquel rostro que parecía de piedra, aquellos inalterables ojos negros, los delgados labios apretados en una mueca dura y fría... El segundo puñetazo, también en pleno estómago, fue sencillamente espantoso: los ojos de Dewey giraron, mostrando toda la blancura de la córnea, y el hombre se hundió en un negrísimo pozo donde todo era amargura y dolor.

Por un instante, Dewey quedó colgando de la mano de Oscar Platt; hasta que éste separó los dedos y el hombre se desplomó a sus pies. Platt le dirigió una indiferente mirada y luego se acercó a Thurber, al que miró con no menos fría indiferencia.

—Bueno —dijo en voz alta—, he matado a uno, pero el otro todavía está utilizable. Estoy seguro de que le convenceré de que sea comunicativo conmigo.

CAPÍTULO IV

Lo primero que vio Dewey al recuperar el conocimiento fue el cadáver de Thurber, tendido de lado junto a él. Respingó, se sentó rápidamente en el suelo, y entonces vio a Oscar Platt, sentado en uno de los sillones, fumando, contemplándole con indiferencia no poco inquietante.

—Estábamos hablando —dijo Platt, con un tono y gesto que escalofrió a Dewey— del asesinato de la famosísima periodista Olivia Lengton... ¿Sabe de qué le hablo?

Dewey tragó saliva. Estaba sorprendido de no ver arma alguna en las manos de Platt, pero de pronto comprendió que éste, simplemente, no las necesitaba. Se había apoderado de ellas, y para entendérselas con él ni siquiera le concedía el honor de esgrimir las. Se estremeció viendo aquellos negros ojos fijos en él.

—Sí —musitó—. Sí, lo sé. ¡Pero yo no intervine en...!

—Sé que la asesina directa fue Helen Travers. O Marian, como la llamaban ustedes. Marian, ¿qué más?

—Marian Rice.

Platt asintió; y dio una lenta chupada al cigarrillo.

—Evidentemente, ustedes y Marian Rice formaban parte del mismo grupo. ¿Qué grupo? ¿Qué sabía la señorita Lengton de todo eso, sea lo que sea?

—¿Quién es usted? —Se tensó la voz de Dewey.

Platt ladeó un instante la cabeza. Luego, asintió.

—De acuerdo. Definamos la situación por mi parte en primer lugar. Me llamo Oscar Platt, soy periodista, pero estuve con los «Boinas Verdes» en Vietnam hasta que nos devolvieron a casa. Afán de experiencias y aventuras, ¿comprende? Quería asombrar al mundo luego con mis artículos. Pero, al regresar, me encuentro con

que el mundo, y sobre todo Estados Unidos, está harto de artículos de esa clase y de todo lo que huele a Vietnam. Así que me encuentro poco menos que fracasado, sin un centavo, y cargado de mala leche. Un, mes aquí, otro más allá y, finalmente, tengo suerte: consigo un empleo en el periódico donde trabaja la famosa Olivia Lengton, el poderoso «Daily Yorker». Estupendo. La bella Olivia está en pleno éxito, así que intento arrimarme a ella, voy descubriendo interesantes facetas de su personalidad... Últimamente sé que ella estaba husmeando algo importante, de modo que me convierto en su sombra. ¿Deslealtad de colega? Puede que sí, pero estoy harto de pasarlas putas, así que vigilo a la Lengton. Y de pronto, casi delante de mis narices, una rubia se carga a la famosa periodista, en el estacionamiento subterráneo del edificio donde ella tiene su apartamento. ¿Dónde está la noticia? Desde luego, no en Nueva York, para explicar que «casi» fui testigo del asesinato... No, nada de eso..., por el momento. Mi oportunidad puede ser mucho más amplia si consigo mucho más. Así que salgo detrás de la rubia asesina, y de este modo llegamos al Delaware Motel. Eso fue anoche. Me la pasé entera esperando que ella hiciese algún contacto, pero nada de eso sucedió, de modo que la vigilo, y preparo yo el contacto con ella. Quiero saber qué pasa, quién la ha enviado a matar a mi colega, y, en fin, qué asunto tan importante ha dado lugar a todo esto. Como no pierdo de vista a Helen Travers, o Marian Rice, la veo salir esta noche y me apresuro a hacerme el pegadizo. Cuando ella me dice que vayamos... a un lugar agradable para... divertirnos, le digo que sí, que estupendo. Sé que va a intentar matarme, pero le sigo el juego... En los «Boinas Verdes» aprendí a tener... relaciones con la muerte, y a burlarme de ella. Y eso hago con Marian Rice. Sólo que, de verdad, no quería matarla. Eso sí fue un accidente: sólo quería desviar la pistola, pero ella se asustó, se movió... Mala suerte. Y cuando vengo aquí dispuesto a largarme a toda prisa, aparecen ustedes. Estupendo. Eso significa que de un modo u otro voy a obtener la información que busco. ¿Está claro?

—Sí... Sí.

—Muy bien. ¿Cuál es el asunto? ¿Por qué enviar una asesina para eliminar a mi colega neoyorquina? ¿Qué sabía ella, de qué iba detrás?

—No sé.

Los alargados párpados de Oscar Platt se entornaron.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Dewey... James Dewey.

—Muy bien, Dewey. Seamos razonables. Yo quiero esa información, quiero ganar dinero, mucho dinero... Usted tiene algo que puede darme fama y, por tanto, dinero en abundancia. Estoy harto de contar centavos de mi sueldo de periodista desfasado, inadaptado... ¿Lo entiende? Así que no voy a soltar la oportunidad que usted representa. Y si se niega a colaborar conmigo, le voy a arrancar las entrañas con mis manos. Ahora, repetiré la pregunta: ¿cuál es el asunto?

—¿Piensa... publicarlo?

Platt volvió a entornar los ojos.

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—Bueno... Si se trata de dinero...

—Básicamente, sí. Pero aunque lo de la fama es secundario, también me interesa. Además, ¿cómo conseguir dinero sin fama? De modo que...

—Yo sé cómo conseguir dinero sin fama. Seguramente, más del que ganaría como periodista, por famoso que fuese en esa actividad.

Oscar Platt sonrió secamente, pero casi consiguiendo una expresión divertida.

—Oh, ya entiendo: ahora va a hacerme una oferta, ¿en?

—Le interesa escucharla.

—Ya. Y a usted le interesa que le escuche: diría cualquier cosa por salir de este apuro, ¿no es cierto?

—Estoy hablando en serio —Dewey hizo un gesto de dolor al mover la mano derecha, y prosiguió—: Estoy convencido de que hombres como usted interesan a mis jefes.

—¿Periodistas?

—No: «Boinas Verdes».

—¿Quiénes son sus jefes?

—No lo sé. Yo sólo conozco al contacto principal. Podríamos ir allá y presentar su candidatura para uno de los puestos en los que usted encajaría.

—¿Como militar, no como periodista?

—Como militar.

—¿Cuál es el asunto?

—El asunto, para nosotros, consiste en cinco mil dólares al ser contratados y cuarenta y cinco mil cuando la operación se haya llevado a cabo... con éxito, naturalmente.

—¿Qué operación?

—No lo sé. Yo formo parte del personal de desplazamiento para trabajos especiales.

—Trabajos especiales... ¿El asesinato, por ejemplo? ¿Ella también formaba parte de ese personal, su amiga Marian?

Dewey no contestó. Miraba fijamente a Platt. De pronto, se miró la mano, moviéndola con cuidado, y masculló:

—Me parece que me ha roto algún hueso. Necesito un médico.

Oscar Platt le estaba mirando, pero no parecía verlo. Se pasó una mano por la barbilla, pensativo.

—Cincuenta mil dólares —susurró—. ¿Cuándo los cobraría? ¿Cuánto falta para que se lleve a cabo la operación?

—Por lo que tengo entendido, menos de un mes.

—Cincuenta mil dólares en un mes... Es casi el doble de lo que gano en un año trabajando como un bobo de un lado a otro, escribiendo tonterías. Pero ¿y luego?

—Un hombre como usted seguramente tendría un empleo permanente en la organización. La escalada hacia puestos importantes sólo dependería de usted mismo, Platt.

Éste se puso en pie, metió las manos en los bolsillos del pantalón, y paseó de un lado a otro, muy pensativo. De pronto, se detuvo y se quedó mirando fijamente a Dewey.

—¿Cree que soy fácil de engañar? —preguntó fríamente.

—Me parece que no —gruñó Dewey.

—Si acepto ir con usted a ver a ese contacto, y se trata de alguna jugarreta o alguna mentira de usted para intentar escapar de esta situación, lo pasará muy mal conmigo, se lo juro.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—De acuerdo. Vamos a meter en el maletero de mi coche a su amigo, e iremos a ver a ese contacto. ¿Quiere que vayamos a recoger el cadáver de Marian?

—No vale la pena. ¿Para qué?

Platt encogió los hombros.

—De todos modos, quizá no lo encontraríamos ya. Aparecerá,

supongo, cualquier día en cualquier parte. ¿Sabe?: no soy precisamente un santo, pero me alegra saber que la única mujer que he matado en mi vida era una asesina profesional. Eso alivia un poco la conciencia. Quédese aquí: yo cargaré a su amigo en el coche.

Con las debidas precauciones para no ser visto, así lo hizo Oscar Platt; metió a Thurber en el maletero, y regresó a la cabaña en busca de su maleta, que colocó junto al cadáver. Luego, fue en busca de Dewey, que había colocado la mano dentro de la camisa parcialmente desabotonada.

—¿Y nuestras armas? —preguntó Dewey.

—No se preocupe por eso —sonrió Platt—: están donde deben estar. ¿Está muy lejos de aquí ese contacto?

—De momento, conduzca en dirección a Philadelphia. Ya le iré indicando el camino, más adelante.

—¿Hacia Philadelphia? Me pareció que su base tenía que estar hacia el Sur, no hacia el Nordeste.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido que Marian viniese a alojarse en este motel para ir de aquí a Nueva York y volver aquí, si la base no está más al Sur. Eso justificaría haber utilizado este punto intermedio como base volante de Marian. Pero si la base está en Philadelphia...

—Es usted listo —murmuró Dewey—. Pero yo sólo he dicho que conduzca en dirección a Philadelphia. Por otra parte, Marian no estaba en la base de contacto cuando recibió la orden de actuar.

—Ah. Bien, vamos allá... ¿Estamos muy lejos?

—Unas ciento cincuenta millas.

—Vaya —masculló Platt, mirando su reloj de pulsera—. Eso significa que no llegaremos allá antes de las once de la noche...

* * *

Llegaron a las once y diez minutos exactamente, y por supuesto, no a Philadelphia, que había quedado atrás. Dewey, que había ido indicando a Platt el camino a partir de entonces, señaló las luces de la pequeña localidad que veían al fondo de la carretera por la que circulaban.

—No tenemos que llegar ahí. Estemos atentos al primer desvío a

la derecha.

—¿Qué localidad es ésta?

—Red Lion, Estado de Pennsylvania. Pero no hemos de entrar.

—Ya, ya.

Se habían desviado por el primer desvío a la derecha; un camino primero asfaltado, y luego de tierra, aunque éste fue un corto trecho. Finalmente, a las once y diez minutos, el coche se detenía ante una casa con un pequeño jardín, bastante aislada de otras que se divisaban por entre los claros del bosquecillo. No se veía ni una sola luz en la casa:

—Parece que nadie nos está esperando —murmuró Platt.

—Claro que no —gruñó Dewey—. Y salvo que usted resulte un buen elemento digno de confianza, las cosas se van a complicar para mí por venir aquí directamente. Bueno..., se complicarían para los dos, se lo aseguro, Platt.

—Correremos el riesgo —le miró éste, sonriendo de aquel modo seco y frío como despectivo—. ¿Quién se supone que hay ahí dentro?

—Pearl Howells, el enlace de reclutamiento.

—Una mujer... Es decir, otra mujer.

—La gente funciona o no funciona, y eso no tiene nada que ver con el sexo. ¿No le gustan las mujeres, Platt?

—Según para qué. ¿Qué hacemos ahora?

—Espere aquí... ¡Y déjese ya de desconfianzas y tonterías!

—De acuerdo.

Dewey se apeó, fue hacia la casa, subió al porche, y pulsó el timbre..., mientras Oscar Platt sacaba del bolsillo izquierdo del pantalón la pistola de Marian Rice, y se la pasaba a la mano derecha. Desde su asiento frente al volante, vio encenderse una luz en el piso alto de la casa. Poco después, se encendió abajo, en la planta, iluminando dos ventanas, una a cada lado de la puerta... Oyó a Dewey decir:

—Soy James Dewey, de la Sección Móvil.

La puerta se abrió. Platt distinguió la silueta de una mujer por detrás del cuerpo de Dewey. La luz le llegaba por detrás y, además de que sólo llevaba una corta bata, ésta era tan ligera que prácticamente se veían las líneas de su cuerpo como si estuviese desnuda. No sólo su piel era muy oscura, sino que la forma del

cabello fue reveladora para Oscar Platt.

—Es una negra —dijo, sin sorpresa alguna.

La negra y Dewey conversaron apenas unos segundos, en voz baja, de modo que Platt no captó ni una sola palabra. Dewey volvióse hacia el coche, haciendo un gesto con el brazo izquierdo. Platt se pasó la pistola a la mano izquierda, metió ésta en el bolsillo mientras se apeaba, y luego subió al porche de la casa.

—¿Ha cerrado el coche? —preguntó la negra, con una voz tenue, como melodiosa.

—No.

—Pues vaya a cerrarlo.

Platt asintió, volvió al coche, lo cerró todo, y regresó a la casa. Dewey y la negra ya estaban dentro, y ella cerró en cuanto Platt hubo entrado.

—Mañana se ocupará del cadáver de Thurber —dijo ella—. De momento, vamos a dejarlo así. Pasen a la salita. Avisaré a uno de nuestros médicos, y mientras lo esperamos comerán algo.

—¿Vamos a pasar la noche aquí?

—Sí.

—En ese caso, convendría que fuese a por mi maleta...

—Ya encontraré algo para usted, si se refiere a ropa de dormir. No toque nada más. Mañana lo haremos todo. Vengan.

Platt asintió y caminó junto a Dewey detrás de la negra. Debía tener poco más de veinte años y era preciosa, de piel reluciente como seda. Al caminar, sus nalgas se marcaban fuertemente en la corta bata, con juvenil vibración. Las piernas eran sensacionales. El cabello, corto, era muy rizado. Tenía una nuca preciosa... Bien, todo era precioso en la negrita Pearl Howells, pero quizá, en especial, su boca un poco gruesa, y sus altos y rotundos pechos. Sin embargo, en definitiva, lo que más llamaba su atención eran sus ojos, oscuros, grandes, inteligentes. Sí, debía ser una chica muy muy lista...

Pearl encendió la luz de la salita y se dirigió en seguida hacia el teléfono para pedir un médico. Dewey se había dirigido hacia un mueble-bar y se había servido un *whisky*. Estaba muy pálido, y la mano derecha se le había hinchado visiblemente. Con la izquierda, ofreció la botella de *whisky* a Platt, que negó con un gesto.

—Les traeré comida —dijo Pearl, colgando el auricular—. El

médico tardará quince o veinte minutos, Dewey.

El médico tardó, exactamente, veinticinco minutos. Pearl desapareció mientras el hombre examinaba la mano de Dewey. También era negro, y Platt le contemplaba en silencio, especulativamente...

—Habrá que escayolar —dijo por fin el médico—, pero ahora es imposible, está demasiado hinchada.

—¿No puede hacer nada? —Gruñó Dewey—. Me duele horrores.

—Le pondré un vendaje compresivo y le dejaré unos calmantes. Es todo lo que podemos hacer, por ahora. Espero que mañana estará deshinchada, y podremos obtener radiografías y escayolar.

Pearl Howells reapareció cuando el médico estaba terminando de colocar el vendaje. La negrita se acercó a Platt, y lo miró fijamente.

—¿Tiene encima algún arma, señor Platt?

—¿Por qué?

—En principio, ha sido aceptado para ser sometido a examen de admisión, pero hasta mañana no vendrán a por usted, así que, en efecto, va a pasar la noche aquí..., siempre y cuando esté desarmado.

Oscar Platt frunció el ceño. Luego, sacó la pistola del bolsillo y se la entregó a Pearl, que sonrió. El médico negro se acercó a Platt, y señaló su oreja derecha.

—¿Es usted sordo?

—Parcialmente —lo miró Platt, al parecer un tanto irritado—. Consecuencia de la explosión de un obús demasiado cerca. Pero con este aparato oigo de maravilla.

—Mejor que sea así, porque de otro modo no sería aceptado. Bien..., ¿alguna cosa más, Pearl? —Se volvió hacia la negrita.

Ésta negó y lo acompañó a la puerta. Dewey, sentado en un sillón, contemplaba su mano vendada, con gesto hosco.

—¿Cómo va eso? —se interesó Platt.

—Me duele menos. Tomaré un par de calmantes, y espero dormir toda la noche... Ha tenido usted suerte, Platt.

—¿A qué se refiere?

—Pearl ha llamado por la radio para informar sobre usted. Si no hubiese interesado, ella misma le habría matado en cuanto usted le entregó la pistola.

—Encantadora jovencita —gruñó Oscar Platt.

Dewey rió quedamente. De pronto, preguntó:

—¿Es usted racista?

Oscar encogió los hombros.

—No tiene sentido serlo. Los negros existen, ¿no?

—Ésa es una respuesta ambigua, señor Platt —sonó la voz de Pearl en la puerta de la sala.

Oscar se volvió.

—No soy racista. Para mí solo existe gente que me interesa y gente que no me interesa. ¿Le parece más concreta la respuesta?

—Mucho más completa..., y satisfactoria. Bien, creo que será mejor que nos retiremos todos a descansar. Pueden escoger el dormitorio que más les guste.

Señaló por encima de ella, hacia el vestíbulo, del cual arrancaba la escalera que llevaba al piso destinado a dormitorios. Subieron los tres, Pearl sugirió dos dormitorios, y entró en el suyo... Oscar se encontró en una habitación que le recordó tantas y tantas habitaciones de hoteles baratos. No había nada personal allí, nada agradable. Había lo que tenía que haber, y eso era todo, escueto y frío.

Estaba desnudándose cuando Pearl entró de improviso en la habitación.

—Me parecía recordar que alguno de los anteriores visitantes se había dejado un pijama, pero no. Lo siento.

—No importa.

La negrita se quedó mirando el desnudo torso de Oscar, y sonrió.

—Eres aún más fuerte de lo que pareces —musitó.

Oscar se la quedó mirando fijamente.

—¿Eso es un problema? —preguntó.

—Todo lo contrario. Te será útil. En cuanto a mí personalmente, me gustan los hombres fuertes... Y tampoco soy racista.

Oscar Platt entornó los párpados.

—¿Vives sola aquí?

—Sí.

—Debes pasarlo muy aburrido.

—Me las voy arreglando —rió Pearl—. De cuando en cuando alguno de los que vienen como candidatos, me gusta.

—Ya. ¿Y ése es mi caso?

—Creo que pasarías menos frío esta noche si durmieses acompañado. De todos modos, tendría que volver a mi cama antes del amanecer: no me gusta que me encuentren con uno de vosotros cuando vienen a recogeros.

—¿Y si te quedas dormida y yo también?

Pearl Howells se desprendió lentamente de la ligera bata, que dejó caer al suelo. Su desnudez era sencillamente espléndida. Al caminar hacia Oscar, los altos y turgentes senos oscilaron tentadoramente... La mirada de Oscar recorrió aquel hermoso cuerpo de arriba abajo y viceversa. Luego, simplemente, terminó de quitarse los pantalones...

Ella se detuvo ante él y lo acarició. Oscar, alzó las manos y las puso sobre los senos. Eran sólidos, macizos..., duros como piedras, pero con tacto de seda.

—¿Te gusta mi boca? —susurró Pearl, entre abriéndola.

Oscar se inclinó a besarla. Ella se abrazó a su cintura, y apretó su vientre contra él... La boca de Pearl era tierna, generosa, fresca. Sin dejar de besarla, Oscar deslizó las manos por sus caderas, para traer con más fuerza contra él aquel vientre tibio y suavísimo...

Pearl apartó de pronto la boca, suspiró, y acto seguido mordió con gesto delicioso a Oscar Platt en un lado del cuello.

—Vamos a la cama —susurró—. Te voy a entregar lo mejor que tengo: nunca olvidarás estas horas de goce con Pearl...

Segundo más tarde, ya apagada la luz, se oía el leve crujir del lecho y, muy pronto, los cálidos suspiros de la negrita...

CAPÍTULO V

De pronto, Oscar despertó. Estuvo un instante inmóvil, vislumbrando el contorno de los muebles a la agrisada luz de estrellas que se reflejaba en la ventana.

Pearl ya no estaba en la cama. Bien, ella no se había dormido, pero él sí, después que ella se marchó. ¿Por qué se había despertado de pronto? Todo era silencio... Se tocó el audífono, que seguía sobre su oreja. De pronto, saltó de la cama, fue hacia la ventana, la abrió, y acto seguido recogió su ropa del sillón donde la había dejado, y se dirigió velozmente hacia el otro lado de la cama. Pero, cambiando de idea, corrió al armario, abrió silenciosamente una de las puertas..., y de pronto regresó junto a la cama, recogió también los zapatos, y volvió al armario. Se metió dentro y cerró la puerta. Quedó inmóvil.

Apenas veinte segundos más tarde, oyó, muy distante, un leve chasquido. Alguien acababa de abrir la puerta. Luego, una rendija de luz se filtró hacia el interior del armario por la unión de las dos puertas, y, enseguida, con toda claridad, la voz de Pearl Howells:

—¡No está! ¡Y sus ropas tampoco...!

—La ventana —oyó una voz de hombre, y acto seguido unos rápidos pasos—... ¡Debe habernos oído y ha escapado por la ventana!

—Pues hace falta cojones para saltar desde aquí abajo y escapar desnudo, con el frío que hace —sonó la voz de otro hombre—. Bien, vamos a por él. ¡Tú no bajes hasta que yo llegue al coche, por si se acercase ahora a él! Es extraño que no haya escapado con el coche, teniendo las llaves... ¡Vigila desde aquí y baja cuando yo te avise!

De nuevo pisadas rápidas.

Y la voz de Pearl:

—No comprendo cómo ha podido oírnos... ¡No lo comprendo! ¡Es imposible! A menos... ¡Ha debido ser por culpa de ése maldito aparato que lleva en un oído!

—Tranquilízate. Sin coche, no irá muy lejos... Pero es muy listó, sí. ¿Sabes por qué no ha cogido el coche mientras nosotros subíamos?

—¿Por qué?

—Porque no sabe qué le esperaba ahí fuera, y aunque de momento parezca más arriesgado escapar a pie, le ha parecido que, sería peor utilizar el coche, que es más fácil de detectar... ¡Es listo ése Platt! Me pregunto si no sería mejor conservarlo para «Black Klan»... ¡Ahí está Peabody! Voy a reunirme con él para buscar a Platt... Ah, Dewey, ¿qué tal?

—¿Qué pasa? —Se oyó la voz de Dewey.

—Tranquilo, vuelve a tu cama. Tenemos que liquidar a ese Platt.

—¿Por qué?

—Ordenes.

—¿Y por qué no lo mató Pearl abajo, cuando él le entregó la pistola...? ¡Ah! ¿Creías que podía tener algún arma más, una de las nuestras, Pearl?

—Claro. Pero ahora sé que no está armado... Hubiese podido matarlo yo, pero ellos ya estaban en camino... ¡Shulberg, no te entretengas más, ve con Peabody a buscar a Platt!

—Volveremos con su pellejo. Dame la llave de la puerta, Pearl; cerraré por fuera. Y no os compliquéis la vida: volved a la cama.

—Yo estoy muerto de sueño —se oyó la voz de Dewey—. Tomé un par de...

La puerta de la habitación se cerró. Oscar Platt permaneció inmóvil todavía unos segundos; luego, silenciosamente, abrió la puerta del armario y salió de éste. Invirtió un par de minutos en vestirse rápidamente, se sentó en el suelo, y procedió a calzarse...

—Bueno, ya estoy vestido —dijo—. Veamos qué se puede hacer con esta gente tan estúpida.

Se puso en pie, fue a la puerta, y la abrió un par de centímetros. No había luz en la casa. Es decir, sólo vio una raya de luz bajo la puerta del dormitorio de Pearl Howells. Salió al pasillo y se dirigió hacia la escalera, que descendió silenciosamente. Poco después, entraba en la cocina. Encendió tranquilamente la luz, buscó el lugar

donde estaban los cubiertos, y eligió cuatro cuchillos, sopesándolos expertamente. Se los colocó en la cintura, apagó la luz, y salió de la cocina, regresando al piso de arriba, siempre silenciosamente.

Todavía se veía la raya de luz bajo la puerta del dormitorio de Pearl. Oscar se detuvo delante de la puerta del cuarto de Dewey, la empujó, encendió la luz, y entró... En la cama, Dewey se removió, farfullando algo, y finalmente se sentó. Para entonces, Platt ya estaba a su lado. Dewey abrió los ojos como si pretendiese proyectarlos fuera del rostro, y también su boca se abrió, en un gesto desencajado... La mano derecha de Oscar cayó con fuerza sobre su cabeza, y Dewey, emitiendo un profundo ronquido, cayó de lado, sin conocimiento.

Oscar Platt salió de la habitación, apagando la luz. Fue ante la puerta de Pearl, la empujó, y entró.

En la cama, sentada, con un libro en las manos, Pearl alzó la mirada, con gesto interrogante. Lanzó una exclamación, y quedó inmóvil, muy abiertos los ojos.

—¿No tienes sueño? —preguntó Oscar.

Pearl reaccionó bruscamente, girando el torso hacia la mesita de noche, alargando un brazo hacia allí, hacia la pistola que Oscar le había entregado horas antes... La mano derecha de Oscar se movió velozmente, se oyó un silbido agudo, y en seguida, el alarido de Pearl cuando el cuchillo lanzado por Platt se hundió en su antebrazo, atravesándolo completamente... Con el alarido vibrando todavía en sus gordezuelos labios, Pearl Howell se desvaneció, quedando tendida de lado en la cama manchándola de sangre.

Oscar no se inmutó. Se acercó a la mesita de noche, tomó la pistola, la guardó en un bolsillo, y se sentó en el borde de la cama. Asió a Pearl por los rizadísimos cabellos, y la sentó con un solo gesto. Luego, suavemente, sin saña alguna, palmeó las mejillas de la negrita, que respingó, parpadeó, gimió... Sus ojos se abrieron de pronto, vio a Oscar sentado ante ella, y acto seguido miró su brazo, atravesado por el cuchillo...

—Será mejor que no lo toques, de momento —dijo amablemente Oscar—. Podrías tener una hemorragia tremenda. ¿Quieres que llamemos a tu amigo médico?

—Sí —sollozó Pearl, con el rostro crispado por el dolor—. Sí, tengo... tengo que llamarlo...

—Muy bien. Pero antes vamos a conversar, Pearl. En primer lugar: ¿qué es eso de «Black Klan»?

Pearl lanzó una exclamación de sobresalto, y en seguida comenzó a negar enérgicamente, casi históricamente.

—Nada... ¡No es nada, no sé de qué hablas...!

—Estaba en el armario de mi dormitorio, y os oí. Pearl, me gustaría que lo entendieses: no soy ningún muchacho que se asuste por unos cuantos tiros, o un desgraciado como los que tienes por amigos. Tampoco soy un tímido de buena fe. Quiero decir con todo esto que si no contestas a mis preguntas —sacó otro cuchillo de la cintura y lo mostró— te voy a cortar las orejas, la nariz, la lengua, y finalmente te sacaré los ojos. ¿Crees que estoy bromeando?

Pearl Howells parecía a punto de perder de nuevo el conocimiento. Pero ahora, no sólo de dolor, sino de espanto... El profundo, estremecedor espanto que le producía la negra y fría mirada de Oscar Platt. No, no estaba bromeando...

—Es... es una... organización... —tartamudeó.

—¿Qué clase de organización?

—De... de negros. No sé más. ¡No sé nada más!

—¿Una organización de negros que tiene empleados blancos?

—Sí. Pero los... los blancos sólo son de la Sección Móvil, sólo son utilizados para trabajos... especiales en los que no conviene que... que sea visto ningún negro.

—Entiendo eso. ¿De dónde han venido esos dos sujetos tan listos llamados Peabody y Shulberg?

—No sé... Yo... yo avisé por la radio de lo que ocurría y entonces ellos... ellos fueron enviados aquí, pero no sé desde dónde ¡Hay muchos hombres repartidos por todo el país, hombres como ellos...!

—Muy bien, Pearl. Así me gusta. De acuerdo: asesinos volantes. Bazofia pura. Chusma, desechos humanos. Veamos: ¿entiendo que tú llamaste por radio... digamos a la base de «Black Klan»?

—Bueno... Sí... No sé si es la base central, pero... sí, llamé a mi contacto superior inmediato.

—¿Dónde está esa base de tu contacto superior inmediato?

—No sé... ¡No lo sé!

—Bueno, empezaré por las orejas... ¿O prefieres que sin más complicaciones te corte el cuello? Porque si prefieres...

—¡Cerca de Washington! —aulló Pearl—. ¡Está en una villa que corresponde a una localidad cerca de Washington!

—No grites —sonrió Oscar—, porque Dewey no va a oírte. De acuerdo, cerca de Washington... ¿Qué localidad, dónde está exactamente esa villa, cuál es la dirección exacta?

—Me matarán —gimió Pearl—. ¡Me matarán si te lo digo, me matarán...!

—Y si no me lo dices, te mataré yo. Pero despacito, Pearl. Tan despacito que me suplicarás que me dé prisa en terminar. Vamos, no seas tonta: estás en un verdadero aprieto ahora. Por poco lista que seas, comprenderás que tienes que complacerme. ¿Verdad que lo comprendes, Pearl? ¿Verdad que vas a complacerme, verdad que vas a darme esa dirección con toda exactitud?

* * *

Eran cerca de las diez de la mañana cuando Oscar Platt detenía el coche delante de la magnífica villa rodeada de un gran jardín con gran abundancia de pinabetos, por entre los cuales, al fondo, se veía la casa, blanca, de tejado ocre. Lloviznaba suavemente, pero el cielo estaba de un color entre rosado y blanco que presagiaba nieve. Por fortuna, los cerezos todavía no habían florecido, pero si el tiempo seguía así, aquella primavera no sería precisamente esplendorosa...

Con el coche casi tocando las verjas que protegían la entrada a la villa, Oscar comenzó a tocar el claxon, sin impaciencia. Encendió un cigarrillo, y volvió a tocarlo. No tardó mucho en aparecer un hombre, caminando apresuradamente hacia allí. Era negro.

El hombre llegó a las verjas y Oscar sacó la cabeza por la ventanilla.

—Abra —pidió amablemente—. Soy Oscar Platt.

El negro parpadeó, desconcertado. Al parecer, no sabía si Oscar Platt merecería o no merecía paso libre hacia la casa. En la duda, el negro fue hacia una pequeña cabina de ladrillo rojo, se metió dentro, y telefoneó a la casa. Cuando salió, parecía atónito, y mientras se acercaba a las verjas Oscar captó su gesto hostil. Sin embargo, el negro abrió las verjas, y cuando Oscar pasó conduciendo por delante de él, dijo:

—Siga recto hacia la casa, no se desvíe, señor Platt.

Éste no contestó. Condujo despacio por el sendero finamente asfaltado, con el cigarrillo en los labios... A su derecha vio aparecer otros dos hombres negros, vestidos con algo parecido a un chándal; de color oscuro. A la izquierda divisó a otro negro. Más cerca de la casa, vio cuatro más, dos a la derecha y dos a la izquierda.

—Esto está lleno de hombres de raza negra —dijo, fiel a su costumbre de conversar consigo mismo—..., y aunque no se les ve arma alguna, por supuesto que están armados. Pistolas.

Llegó ante la casa y detuvo el coche al pie de la amplia escalinata del imponente pórtico con columnas. Arriba, junto a la ya abierta puerta, había dos negros más, vestidos como los otros, con chándal oscuro... Azul marino, sí.

Oscar se apeó, y se apresuró a alcanzar la parte de la columnata protegida de la lluvia. Cuando llegó ante la puerta, los dos negros le cortaron el paso.

—¿Está usted armado, señor Platt? —preguntó uno de ellos.

Oscar sacó la pistola de Marian Rice y la entregó. Luego, señaló hacia su coche.

—Mi equipaje está en el maletero. También les traigo el cadáver de uno de los tipos de la Sección Móvil. Y las pistolas de él y de su compañero Dewey. Todo está ahí dentro.

—¿Ningún arma más? —preguntó el otro negro.

—No, ninguna.

—Tengo que registrarle.

—Pues hágalo.

El señor Platt no llevaba ningún arma más, así que se le permitió la entrada a la casa. Un vestíbulo amplísimo, resplandeciente. Y un criado de gran estatura, por supuesto de raza negra.

—Sea tan amable de acompañarme, señor Platt. La señorita Fanny está terminando de arreglarse; bajará en seguida para conversar con usted.

—Bien.

Oscar fue introducido en una salita de discretas dimensiones, bellamente decorada. Había un piano, y sobre él un jarrón con flores. Cuando la puerta se cerró tras él y quedó solo, Oscar se acercó al piano y miró críticamente las flores. Eran del día anterior, por supuesto. O quizá del anterior al anterior. No eran muy bonitas, francamente.

En el momento en que Oscar se sentaba en un encantador y confortable sillón, un no menos encantador reloj de pared comenzó a tocar las diez, Se volvió a mirarlo. El reloj sí era bonito.

Muy bien, sólo tenía que esperar a la señorita Fanny.

¿Cómo sería? Frunció el ceño. Por supuesto, tema que ser una mujer joven. Sí, joven. Y posiblemente, bonita. Pero, naturalmente, de raza negra...

Cuando la puerta del saloncito se abrió, Oscar se puso en pie, mirando con curiosidad hacia la supuestamente joven y bonita negra a la que llamaban señorita Fanny.

CAPÍTULO VI

Era una pelirroja espléndida. Alta, elegante, de cuerpo armonioso; llevaba unos pantalones de raso negro y un jersey de cuello alto y color verde, en el que destacaban unos senos impecables. El color del jersey hacía juego con sus ojos, de un verde luminoso, increíble. El rostro era bellissimo, salpicado de pecas muy discretas, que le conferían un aire juvenil. La boca era roja, fresca, húmeda. Toda ella era bellísima. Y no era negra, ciertamente. Oscar Platt estaba viendo, en aquel cuello delicioso y señorial, una carne blanca y fina...

—Soy Fanny Frost, señor Platt —dijo la pelirroja—. Debo admitir que su visita me ha sorprendido muchísimo.

Oscar asintió con un gesto.

—Lo comprendo. Pero la sorpresa es mutua... Esperaba encontrarme con una mujer de raza negra.

—Ya ve que no es así. Por favor, siéntese... ¿Ha desayunado?

—Lo hice por el camino.

—¿Le parece que tomemos café?

—Me parece bien.

Fanny Frost pulsó un timbre junto a la puerta, y casi en el acto, ésta se abrió, dejando visible al criado negro. Fanny le pidió café, el negro se retiró, y ella fue a sentarse en un sillón. Oscar, lo hizo cuando ella ya estuvo sentada.

—Bien, señor Platt..., ¿qué ha hecho usted con Pearl?

—Bueno —hizo Platt un leve gesto como de disculpa—, quizá fui un poco rudo con ella, desde luego, pero piense usted, señorita Frost, que podía haberlo sido mucho más. A fin de cuentas, ella estuvo... organizando mi muerte.

—Eso es cierto —admitió Fanny Frost—. Pero ¿qué ha hecho

con ella?

Platt parecía desconcertado.

—Solamente la herí en un brazo —gruñó—. No creo que haya para darle tanta importancia.

—Ah... ¿La hirió en un brazo? No sabía eso. Pero, verdaderamente, eso no tiene demasiada importancia. Lo que yo le estoy preguntando es qué hizo con Pearl al final.

—¿Al final de qué?

—Da la impresión de que estamos hablando de cosas distintas, señor Platt. ¿Qué ha hecho con Pearl? ¿Dónde la tiene?

—¿Cómo? —Se pasmó Oscar.

—¿No la tiene usted... a buen recaudo en alguna parte?

—¡Claro que no! —exclamó Oscar—. Qué tontería... ¿Dónde la iba a tener, y para qué? Lo que quería de ella, ya lo obtuve: esta dirección. Luego, simplemente, salí de la casa, me metí en mi coche, y me marché..., naturalmente evitando fricciones con Shulberg y Peabody.

—Eso ya lo sé, Ellos vieron el coche de usted alejándose, y regresaron a la casa. Encontraron a Dewey sin sentido..., o durmiendo; que es lo que creyeron hasta que él se recobró. Pero Pearl no estaba en la casa.

—Eso es absurdo —gruñó Oscar—. Esa chica quería llamar al mismo médico que había atendido a Dewey, para que le curase la herida que yo le había hecho en un brazo con un cuchillo... ¿Qué quiere decir eso de que no estaba en la casa?

—Creí que usted lo sabría.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Cuando yo me fui de allí, estaba en la cama, sangrando. No sé nada más.

—Por lo que yo entiendo, señor Platt, desde el primer momento tenía usted la intención de venir aquí, y es por eso que decidió no complicarse la vida con Peabody y Shulberg, ni quiso matar a Dewey, ni a Pearl... ¿Correcto?

—Así es. Pero, señorita Frost, espero que comprenda usted que antes de venir aquí he tomado mis precauciones.

—¿Qué clase de precauciones?

—Para no entrar en largos y aburridos detalles, digamos simplemente que he dejado las cosas preparadas de tal modo que si a mí me ocurre algo las cosas se le van a complicar a usted..., o al

menos, a la gente que quede en esta casa después de mi muerte.

—¿Y si a usted no le ocurre nada...?

—Si a mí no me ocurre nada, el mecanismo de seguridad no funcionará. Y usted podrá estar tranquila.

—Entiendo. Lo que sigo sin entender es lo de Pearl.

—Pero vamos a ver: ¿ella no la llamó a usted por la radio explicándole lo sucedido conmigo?

—No. Quienes me llamaron fueron Shulberg y Peabody, después de encontrar a Dewey y, en cambio, no encontrar a Pearl por parte alguna. Y tampoco estaba el coche de Pearl.

—Bueno —frunció el ceño Oscar—, no creará usted que yo puedo conducir dos coches a la vez, supongo. Y otra cosa: ¿para qué quiero yo el coche de nadie, si tengo el mío? A propósito: estoy harto de ir cargado con el cadáver de uno de sus hombres. ¿Pueden encargarse de él?

—Lo haremos, señor Platt. Bien, vamos a dejar aparte esta sorprendente desaparición de Pearl, y hablemos de usted. Lo último que esperaba era que viniese, usted aquí, francamente.

—¿Pensó que podría haber ido a explicar todo el asunto a la Policía?

—Lo temía. Pero en parte, dada la desaparición de Pearl y de su coche, tenía la esperanza de que ella le hubiese seguido y que, finalmente, hubiera podido terminar con usted. Y ésa es la clase de noticia que estaba esperando, no su visita, ciertamente.

—Pues siento haberla defraudado —sonrió secamente Oscar—: ya ve que sigo con vida..., y dispuesto a mostrarme razonable.

—Razonable... ¿Qué entiende usted por razonable?

—Me hablaron de cincuenta mil dólares. ¿Eso es cierto?

—Sí.

—Y de la posibilidad de que eso fuese... el principio de una buena escalada hacia algún puesto más importante y, por tanto todavía mejor pagado. Al parecer, necesitan ustedes personal de mis... características, incluso después de que haya terminado la operación.

—¿Qué operación?

—No sé tanto. Hablo de oídas: operación antes de un mes, una organización de negros llamada «Black Klan»... A propósito: ¿qué hace una chica como usted en un asunto como éste?

Fanny Frost sonrió. Acto seguido, volvió la cabeza hacia la puerta, que acababa de abrirse. Entró el criado negro, sirvió café y tostadas a Fanny Frost, café solo a Oscar, y se marchó, tan silenciosamente como había llegado.

—¿De verdad no quiere una tostada con mantequilla? —ofreció la bella pelirroja.

—No, gracias. Me basta el café.

Fanny asintió y comenzó a extender una fina capa de mantequilla sobre una tostada, mientras Oscar la contemplaba con curiosidad por encima de su taza de café.

—Evidentemente, señor Platt, es usted un hombre... de cuidado. Eso ya está demostrado, de modo que, suponiendo que fuese aceptada su candidatura para formar parte de «Black Klan», es más que posible que ni siquiera tuviera que someterse al examen de admisión. Sería una pérdida de tiempo... «Boinas Verdes», ¿eh?

—Así es.

—Su aspecto es... impresionante, eso es cierto, pero yo diría que no demasiado rudo.

—Es usted muy amable. Y me permito recordarle que no soy un patán, un pedazo de bruto.

—Me estoy dando perfecta cuenta. Por lo general, tratar con los candidatos resulta desagradable. Con usted es diferente: es un hombre bien educado, sin duda alguna. ¿Qué grado tenía en los «Boinas Verdes»?

—Primer teniente.

—Ya. Claro... Eso, como mínimo. Lo que significa que está acostumbrado al mando.

—Puedo dirigir muy bien un grupo de hombres, desde luego.

—¿Podría también... adiestrarlos? Para combate, naturalmente.

—Por supuesto que podría.

—¿Le interesa el dinero? ¿Haría cualquier cosa por dinero?

Oscar Platt reflexionó unos segundos, y por fin movió negativamente la cabeza.

—Me parece que cualquier cosa, no. Por ejemplo, no me gustaría asesinar a nadie, sin más. No, creo que no me gustaría... Hice bastantes cosas feas en Vietnam, pero todo tiene un límite. Y además, esto no es Vietnam, ¿verdad?

—Quedamos, pues, en que por dinero lo haría todo menos

asesinar.

—Podemos decirlo así, en efecto.

—¿Realmente se considera capacitado para adiestrar a un grupo de... cien hombres, por ejemplo?

—Sí.

—En un máximo de tres semanas.

—Si no me envían mariquitas ni cobardes, puedo hacerlo.

Fanny Frost bebió un sorbo de café, y luego, con la taza, señaló el teléfono que había sobre una mesita cercana.

—Tengo que telefonar, señor Platt. ¿Sería tan amable de salir a dar un paseo, mientras tanto? Podría aprovechar para decirles a los hombres que hay ahí fuera que se hagan cargo del cadáver que tanto le molesta a usted.

—Tiene usted un bonito jardín —se puso en pie Oscar—: daré un paseo de... ¿diez minutos?

—Diez minutos será suficiente.

Oscar se dirigió hacia la puerta, la abrió, y salió. El criado negro estaba allí, esperando. Junto a la puerta de la casa, había dos negros con chándal. Fue hacia ellos y les dijo que debían retirar de su coche un cadáver. Uno de los negros fue a conversar unos segundos con Fanny Frost, salió, y señaló la puerta con un gesto de asentimiento. El otro la abrió, y salieron los tres... Todavía seguía lloviznando... Era un día frío, pero de cierta tonalidad romántica. Un romanticismo que no encajaba con los hombres ataviados con chándal distribuidos por el jardín.

Se procuraron una lona, y el cadáver de Thurber fue envuelto en ella. Luego, sin comentarios, fue llevado al garaje, que distaba unos treinta metros de la casa... Un negro llegó desde la entrada a la quinta y entró en la casa. Salió un minuto más tarde y fue hacia las verjas..., para regresar de nuevo, sentado junto a una muchacha de raza negra que conducía un coche. Se apearon los dos delante del pórtico y la muchacha negra miró a Oscar Platt con extraña fijeza, quizá al ver que era el único hombre blanco visible. Por su parte, Oscar la miró con total indiferencia, pese a la gran belleza de la negrita. Tenía un rostro precioso, una boca sugestiva, unos rasgos delicados, bellísimos. Vestía pantalones, botas, y un chaquetón de piel de color castaño, un tanto raído. Llevaba recogidos los cabellos, y se cubría la cabeza con un gracioso gorro de piel idéntica a la del

chaquetón.

Entró en la casa acompañada por el negro que la había llevado hasta allí.

Oscar miró su reloj. Habían transcurrido siete minutos. Tres minutos más tarde, entró en la casa, y fue directo hacia el saloncito. El criado continuaba allí, y al verlo entró en el saloncito, cerrando en seguida tras él. Cuando salió, Oscar ya estaba ante la puerta, esperando.

—Puede pasar —dijo.

Oscar entró. La negrita recién llegada estaba allí, sentada en el sillón que él había ocupado antes. Fanny Frost había terminado su frugal desayuno y estaba fumando.

—El señor Platt —presentó Fanny—. Señor Platt, le presento a Wanda Howells.

—Encant... ¿Howells?

Una chispa de interés pasó por los ojos de Fanny, mientras que en los de Wanda Howells, fijos en Oscar, parecía arder una llamarada de furia.

—Es hermana de Pearl, señor Platt.

—Ah.

—Wanda ha venido aquí enviada por Pearl, y gracias a eso hemos podido resolver el misterio. Resulta que Pearl se asustó de su fracaso con lo relacionado con usted, y, en lugar de llamar al médico y esperar a Shulberg y Peabody, se vendó ella misma como pudo el brazo, y se fue en su coche, adonde vive su hermana. Ahora, Pearl está allí, y Wanda ha venido a traernos su mensaje.

Oscar miró a Wanda, y asintió.

—¿Qué mensaje?

—Está claro que Pearl se halla muy asustada. Es claro que ella no ha podido prever la reacción de usted presentándose aquí. Ha temido lo peor, esto es, que usted denunciase todo el asunto a la Policía. Pero por otra parte, dado el interés de usted por conocer el lugar y su interés por el dinero, también ha pensado que quizá buscaría un acuerdo directo conmigo. Bien, el hecho cierto es que ha enviado a su hermana a ver cómo estaban las cosas por aquí y, si todo estaba en calma, parlamentar.

—¿Parlamentar? No comprendo.

—Ya le digo que Pearl está asustada. Teme que por su fracaso,

nuestra organización no sólo la despida, sino que la... elimine. Y ha tomado una decisión que ella considera inteligente: quiere cien mil dólares, para marcharse, desaparecer de Estados Unidos.

Oscar miró de nuevo a Wanda Howells, con un gesto entre irónico y admirativo.

—Tiene usted muchas agallas al presentarse aquí con esas exigencias, señorita Howells.

—Si no regreso con el dinero —dijo fríamente la negra—, mi hermana sabe lo que tiene que hacer.

—¿Sabría qué hacer si a usted le cortaban la cabeza, por ejemplo?

—No se atreverán. Pearl sabe demasiadas cosas, y si a mí me ocurre algo...

—¿Dónde está su hermana?

—No lo sé. Y no se sorprendan. Pearl ha previsto que intentasen hacérmelo decir, y comprendiendo que por medio de torturas lo conseguirían, se ha marchado de mi apartamento, y me irá llamando allí a partir de mañana. Si yo no contesto, irá a la Policía.

Oscar alzó las cejas y luego sonrió. Todavía sonriendo, miró a Fanny.

—Parece que tendrá que entregar usted cien mil dólares, señorita Frost.

—Y cincuenta mil más para mí —dijo Wanda.

—¿Y por qué no un millón? —Casi rió Oscar.

—¿Cree que no lo valgo? —replicó Wanda, irritada.

—Pues no lo sé; pero sé que yo no lo pagaría.

—Usted no es más que un cerdo, Platt. Y se cree que vale mucho porque acuchilló a una mujer... Me gustaría saber si se atrevería a hacerlo conmigo.

—Caramba —Oscar miró a Fanny, divertido—. ¿Cómo no se les ocurrió contratar a esta chica, en lugar de a la otra? Parece que tiene mucho más temple, ¿no?

—Ni siquiera sabíamos que Pearl tenía una hermana —dijo apaciblemente Fanny—. Pero tal como están las cosas ahora, no me sorprende. Parece que Pearl quiso tener las espaldas bien guardadas. ¿No es así, señorita Howells?

—Así es —asintió Wanda—. Pero podemos invertir los términos ahora: que sea ella quien se quede en casa, y contráteme a mí. Si

me pagan lo que estaban dispuestos a pagarle a ella, es decir, los cien mil dólares que he pedido, puedo trabajar con ustedes..., aunque nada más sea para demostrarle al señor Platt que sólo es un mamarracho.

—Esto se pone interesante —sonrió fríamente Oscar—. ¿Y cómo demostraría usted eso, señorita Howells?

—Puedo hacer lo mismo que haga usted..., sólo que mejor.

—Ya. ¿Adiestrar a cien hombres para combate, por ejemplo? ¿Sabría y podría usted hacer eso?

—Puedo hacer lo mismo que usted.

—Lo dudo.

—Allá usted.

—Hay cosas que nunca podría hacer usted. Por ejemplo: tirarse a una negra tan bonita como usted. ¿Podría tirarse a una negra, señorita Howells?

—Ya lo dije antes —deslizó gélidamente Wanda—: usted no es más que un cerdo. Y a poco que yo pueda...

—Bien, ya basta —dijo Fanny—. Es evidente que ustedes no pueden estar juntos. Y, ciertamente, la llegada de Wanda me obliga a llamar de nuevo...

—¿Qué le han dicho sobre mí? —preguntó Oscar.

—Va a ser usted investigado, señor Platt.

—¿Investigado?

—«Black Klan» tiene medios para saber si es cierto todo lo que usted nos ha dicho. Así pues, investigaremos si es cierto que Oscar Platt es periodista y estuvo en los «Boinas Verdes». Si todo es cierto, seguramente nos entenderemos.

—Vaya —gruñó Oscar—. No esperaba esto.

—¿Algo no va bien?

—No me llamo Oscar Platt —gruñó éste—. Utilicé ese nombre para alojarme en el Delaware Motel, pero no me llamo así. Si han de investigarme, supongo que será mejor para mí que le diga cuál es mi verdadero nombre.

—Sí —parpadeó Fanny—... Será mejor, desde luego.

—Glenn Corbett —farfulló Platt—: ese nombre sí es el verdadero. Espero que comprendan ustedes mis precauciones al estar utilizando otro nombre, señorita Frost.

—En efecto. Sean tan amables de esperar los dos ahí fuera. En

cinco minutos arreglaremos esto.

Oscar Platt y Wanda Howells salieron del saloncito, y estuvieron esperando afuera cinco minutos, como ignorándose mutuamente, si bien la negra dirigía de cuando en cuando llameantes miradas al blanco.

Transcurridos los cinco minutos, entraron de nuevo en el saloncito y se quedaron mirando a Fanny Frost.

—Bien —dijo ésta—. En principio, los dos han sido aceptados. Usted, señor Platt... ¿O debo llamarlo Corbett?

—Mientras esté en esto, preferiría llamarme Oscar Platt.

—Así lo intuí. Bien, como decía, usted se quedará aquí, como... invitado, mientras se procede a investigar su personalidad. En cuanto a Wanda, entiendo que debe volver a su apartamento, esperar a que Pearl la llame, y decirle que todo va bien. Luego, Wanda será enviada al lugar donde prestará sus servicios, y cuando la operación haya terminado percibirás sus cien mil dólares y los cien mil de Pearl... ¿De acuerdo? ¿Alguna objeción?

—Por mí, no —dijo Platt.

—Por mí tampoco —asintió Wanda—. ¿Cuándo tengo que volver a mi apartamento?

—Cuanto antes, a fin de dejar aclarado el asunto con su hermana en cuanto ella llame. La acompañarán dos hombres, que luego la llevarán a su destino.

—¿Y yo? —preguntó Oscar.

Fanny Frost sonrió encantadoramente.

—Ya le he dicho que está aquí como invitado, señor Platt. De modo, que considérese en su casa durante estos dos días.

CAPÍTULO VII

Treinta y seis horas más tarde, es decir, hacia las diez de la noche del día siguiente, Fanny Frost entró en el salón grande de la villa, donde Oscar estaba leyendo apaciblemente un libro. Oscar alzó la cabeza, y le sonrió.

—Creí que ya te habías acostado —comentó.

—No —ella se sentó en otro sillón, frente a él—. Acabo de recibir una llamada: has sido aceptado definitivamente, puesto que se ha comprobado la veracidad de tu personalidad, Glenn Corbett.

—Estupendo. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Mañana vendrán a buscarte para llevarte a tu puesto de adiestramiento, en el Campus 94. Entrenarás y mandarás el Escuadrón 94. Cien hombres en total. Todos negros. Y no creo que haya ningún mariquita ni ningún cobarde. Por el contrario, más bien pienso que tendrás que hacerte respetar desde el primer momento.

—Deja eso de mi cuenta. ¿Qué sabemos de Wanda?

—¿Por qué te interesas por ella? —musitó Fanny.

—Por simple curiosidad. ¿Llamó Pearl, y todo quedó bien entendido?

—Así es. Los dos hombres que acompañaron a Wanda estuvieron presentes mientras ella conversó por teléfono con Pearl. Las dos han aceptado la solución. Wanda será enviada, también mañana, a su destino.

—¿Qué destino?

—Ella irá directamente a la jefatura de «Black Klan». Según, parece, allá se han enterado de que es muy bonita, y quieren... tenerla cerca. ¡Ojalá Moss la prefiriese a mí, y a mí me olvidase!

—¿Quién es Moss?

—Nadie... Nadie, nadie.

—Está bien. En estos dos días nos hemos entendido bien, y yo diría que incluso hemos simpatizado, Fanny. Pero no quiero causarte ninguna preocupación: si no quieres decirme nada, no lo hagas. Parece como si desconfiases de mí, Fanny..., lo que no deja de ser gracioso. ¿En qué podría yo perjudicarte?

—Podrías... ser un farsante.

—¿Farsante? Un momento, un momento... Acabas de decirme que la investigación sobre mí ha sido...

—No me refiero a eso. Quiero decir que podrías ser un hombre de confianza de Moss, que él ha puesto aquí para que me vigile y me sonsaque.

—Entiendo tu postura —aceptó amablemente Oscar—. Pero estás equivocada. De veras: no sé quién es Moss.

—Pues te lo diré: Moss Garrison, el jefe de la operación, el gran cerebro organizador de todo, el que se hace llamar con el nombre de la organización: «Black Klan». Él tuvo la idea, fue buscando adeptos, y por cierto que los fue encontrando, entre los altos mandos militares de raza negra. En estos momentos, muchos oficiales y jefes de las tres armas están obedeciendo órdenes de Moss Garrison, y esperando las instrucciones finales, a fin de colaborar en la gran operación final. Mientras tanto, en cien Campus se están entrenando hombres de raza negra; es decir, en noventa y cuatro, ya que el último que va a ponerse en marcha va a ser el tuyo, mañana mismo. Y como ya casi no queda tiempo, supongo que tendrán que conformarse con noventa y cuatro Escuadrones.

—¿De cien hombres cada uno? —murmuró Oscar—. Eso da un total de nueve mil cuatrocientos hombres...

—Sí.

—Pero..., ¿qué operación es ésa? ¿De qué se trata?

—No lo sé. Pero puedes comprender que no se trata de nada bueno. Y mientras tanto, yo tengo que estar aquí, sirviendo de punto intermedio no comprometedor..., y siempre a la disposición de Moss...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que soy tan prisionera como tú mismo. Nada podemos hacer que no sea visto, descubierto en seguida por los

hombres de Moss en esta casa.

—¿Prisionera? Vamos, Fanny... Tienes a tu disposición una radio... y teléfono. En cualquier momento has podido cambiar la onda de la radio para avisar a la Policía, o, todavía más fácil, utilizar el teléfono.

—La radio no la utilizo yo, sino uno de los hombres de Moss; tú no la has visto, porque está en un sótano. Siempre hay dos hombres allí, uno para manejar la radio, y el otro como ayudante y vigilante. En cuanto al teléfono, está intervenido: todas las llamadas quedan grabadas. Si yo llamase a la Policía..., es decir, si lo intentase, cortarían la línea en seguida..., y acto seguido me cortarían el cuello.

—¿Pretendes tomarme el pelo? A mí me parece todo eso una estupidez... ¿Por qué Moss Garrison habría de tenerte aquí en esas condiciones?

—Es comandante de la USAF. Nos conocimos cuando mi padre, que era coronel, todavía vivía, hace de eso algo más de un año. Estuvimos saliendo..., sólo como buenos amigos. Cuando mi padre murió, él aumentó sus atenciones, me estuvo acosando, hasta que finalmente, le dije que no tenía la menor intención de llegar a nada serio con él y que tenía pensado irme a Europa a vivir unos cuantos años. Me preguntó si era a causa del color de su piel...

—Un momento. ¿Moss Garrison es negro?

—Oh, sí, sí. ¿No lo había dicho? Es negro... Pero no es por eso que no quise llegar a nada serio con él. Estuvo tiempo y tiempo acosándome, no se daba por vencido. Por eso decidí marcharme, tenía... un poco de miedo. Finalmente, cuando estaba a punto de salir para Europa, me dijo que si no me quedaba con él demostraría, con pruebas irrefutables, que mi padre, el coronel Frost, había sido un mando corrompido dentro de la USAF. Dijo que hubiese preferido no tener que decírmelo, pero que no quería perderme. Y me mostró las pruebas. Todo era cierto... Mi padre había aceptado sobornos de algunas empresas importantes dedicadas a la fabricación de material auxiliar para aviones de combate, había maniobrado para que esas compañías se quedasen con los contratos del Gobierno... Cosas así. Moss me dijo que si no aceptaba estar con él, publicaría todas esas pruebas, y la memoria de mi padre quedaría desprestigiada para siempre... Así que acepté. Me obligó a comprar

esta villa a mi nombre, me instaló aquí con algunos de sus hombres, instaló la radio, y está utilizando esta casa y mi persona como elemento intermedio de contratación, ya que nadie va a sospechar nada raro de la hija del coronel Frost... Y mientras tanto, él, ese... ese horrible hombre, me visita siempre que quiere, o me hace llevar adonde está él, para... para... poseerme... Oscar Platt, que miraba fijamente los hermosos ojos de Fanny, se pasó la lengua por los labios, antes de musitar:

—¿Por qué me cuentas todo eso?

—No lo sé. Hay algo... que me impulsa a confiar en ti...

—No me ha parecido así antes. Me has llamado farsante, ¿recuerdas? Y has dicho que yo podría ser un hombre de confianza de Moss Garrison. Opino que has debido mantener tu desconfianza, Fanny. Si todo lo que me has contado es cierto, no has debido confiar en mí. Ni en nadie.

—Oscar... ¿No puedo... confiar en ti?

—No quiero complicaciones. Y no sé por qué, me parece que tú me las estás buscando. Mira, vamos a hacer una cosa: yo olvido lo que me has dicho, y tú te vas a dormir. No ha pasado nada.

Fanny Frost estuvo mirándolo en silencio unos segundos. De pronto, se puso en pie, y fue a sentarse en sus rodillas, abrazándose a su cuello.

—Creí que podrías hacer algo por mí —susurró.

—¿Qué podría hacer? En primer lugar, me interesa este asunto. Y en segundo lugar, suponiendo que fuese capaz de cometer una locura, ni tú ni yo viviríamos lo suficiente para celebrarla. Vamos, Fanny, déjame en paz. Vete a dormir.

De nuevo estuvo ella mirándole fijamente unos segundos. Luego, se puso en pie y salió del salón, seguida por la hosca mirada de Oscar Platt. ¡Qué trampa tan absurda e ingenua habían preparado para un hombre que decía haber estado combatiendo en Vietnam, y que había demostrado ser peligroso...!

Veinte minutos más tarde, Oscar Platt dejó el libro, y subió a su habitación. Todavía estaba cerrando la puerta cuando vio a Fanny Frost metida en su cama. Sin alterarse, Oscar terminó de cerrar la puerta y se acercó a la cama, asió la ropa de ésta que cubría a Fanny, y la retiró de un tirón, diciendo:

—Sal de mi cama inmediat...

No dijo nada más. Su mirada recorrió el espléndido cuerpo desnudo, muy despacio. Fanny tendió los brazos hacia él, y sus bonitos labios temblaron en una petición:

—Oscar, por favor... ¡Por favor! Sólo quiero ser... feliz por unas horas... ¡Por favor! Aunque no creas que en estos días me he enamorado de ti no me importa... Ven... Ven...

Oscar Platt asió de un brazo a Fanny y la sacó de la cama de un fortísimo tirón, colocándola de pie frente a él, todavía temblando sus hermosos pechos, vibrando sus caderas... Pero antes de que pudiera decir nada, Fanny se colgó de su cuello y le besó en los labios, fuerte, profundamente, con una ansiedad increíble... Oscar forcejeó con ella hasta que comprendió que tendría que lastimarla para romper el abrazo y el profundo y ávido beso de ella.

Y lo hizo. La lastimó. La golpeó en el estómago, en corto y secamente, y Fanny se apartó de él emitiendo un quejido y casi perdiendo el equilibrio, mirándole con los ojos muy abiertos. Oscar la agarró de nuevo de un brazo, la llevó a la puerta, abrió ésta, y tiró a la desnuda muchacha al pasillo, donde quedó tendida de costado sobre la gruesa alfombra.

—Si vuelves a molestarme —gruñó— te partiré la cabeza. No se te ocurra volver a molestarme, pues quiero estar descansado cuando vengan a buscarme mañana. ¿Está claro?

* * *

El helicóptero se posó en la explanada frente a la casa, pero nadie saltó a tierra. Las aspas continuaron girando. Desde el pórtico, Oscar Platt y Fanny Frost contemplaban el aparato, el primero con su maleta junto a los pies. Se inclinó a recogerla, miró de reojo un instante a Fanny, y comenzó a caminar hacia el helicóptero.

—Oscar...

Él se volvió, ceñudo.

—¿Qué? —Gruñó.

—Nunca te olvidaré.

—Vete al cuerno.

Un minuto más tarde, estaba acomodado en el helicóptero, junto al piloto, detrás del cual viajaba otro hombre, también de raza

negra, que le ayudó a colocar su maleta. El pequeño aparato se elevó rápidamente, y Oscar Platt volvió la cabeza para mirar a Fanny Frost, de pie en el pórtico, esperando. Parecía que quería salir el sol, había en el ambiente como una luz amarillenta que se reflejaba en los rojos cabellos de la muchacha. Eran apenas las nueve de la mañana. Oscar Platt dejó de mirar a Fanny y dirigió la vista hacia el frente... Estaba deseando llegar al Campus 94.

El viaje duró aproximadamente una hora, en dirección Sur. Luego, el helicóptero comenzó a descender sobre unos campos labrados con una perfección increíble. Había un gran grupo de eucaliptos, y muy pronto Oscar divisó la casa entre ellos, y el amplio cobertizo a poca distancia. Un tractor estaba parado frente al cobertizo. Un perro ladraba hacia el helicóptero. Tres o cuatro hombres de raza negra, ataviados con «monos» de faena miraban también hacia el aparato... Aquello tenía todo el inofensivo aspecto de una granja...

Pero era el Campus 94.

Oscar Platt fue dejado cerca del tractor, se le entregó su maleta, y el helicóptero reemprendió el vuelo, siguiendo en dirección sur. Oscar lo estuvo mirando unos segundos, tomó la maleta, y caminó hacia el grupo de hombres, dos de los cuales, caminaban presurosamente hacia él. Uno de los negros le quitó la maleta de la mano y el otro le saludó con gesto militar.

—Bien venido, señor. Yo soy su ayudante, George. ¿Ha tenido buen viaje, señor?

Oscar asintió, echando una mirada a los demás hombres, que le contemplaban expectantes, en silencio.

—Muy bueno, gracias. Entiendo que debemos empezar a trabajar inmediatamente.

—Sí, mí comandante. Los hombres...

—¿Comandante? Bueno, fui primer teniente en...

—Oh, ahora es comandante, señor —sonrió el negro George—. Los hombres están esperando en el cobertizo. Los he reunido porque he pensado que usted querría hablar con ellos antes de comenzar los entrenamientos esta noche.

—¿Los entrenamientos son de noche?

—Naturalmente, señor. No queremos correr el riesgo de que alguien pueda vernos, ya sea desde arriba o desde tierra. Además, la

operación se llevará a cabo de noche, y es mejor que todos estemos acostumbrados.

—Desde luego. Veré a los hombres.

Entró en el cobertizo. Efectivamente, había allí alrededor de un centenar de hombres, todos negros, altos, fuertes, silenciosos, todos con «mono» o tejanos y viejas camisas. Estaban de pie, encarados hacia la puerta. Había salido el sol, aunque tímidamente, pero su luz era suficiente para ver relucir los negros rostros y las blancas córneas.

—Según parece —dijo de pronto Oscar Platt—, he sido nombrado comandante y entrenador de ustedes para convertirlos en soldados en un plazo no superior a tres semanas. Esto me hace pensar que casi todos deben tener, como mínimo, conocimientos de las armas que tendrán que utilizar, y que han entendido perfectamente que cien hombres no pueden dirigirse sin disciplina. Todo lo que tengo que decirles, para que no haya contratiempos cuando empecemos a trabajar, es lo siguiente: ustedes sólo tendrán que ver, oír y callar... Yo pondré el resto. ¿Alguien no me ha entendido?

No se oyó ni una sola voz. Oscar miró a George, que le sonrió.

—Debemos ir a la casa ahora, mi comandante. Tengo allí la lista de efectivos humanos y la de material.

—Muy bien. Supongo que tenemos también los planos e instrucciones sobre la operación final.

—Desde luego que no, señor.

—¿Cómo que no? —Se detuvo Oscar en la puerta del cobertizo.

—No, señor. Los planos sobre la cota donde tendrá lugar la acción, así como las instrucciones concretas sobre el lugar y los objetivos no nos serán facilitados hasta dos o tres días antes del día de la operación.

—Eso es una idiotez.

—¿Cómo dice, señor? —Respingó George.

—¿Quién ha dispuesto las cosas de ese modo?

—«Black Klan», naturalmente. Es una medida de seguridad.

—Es una muestra de cretinismo. ¿Voy a estar entrenando a cien hombres en un terreno blando y llano sin saber qué tendré que hacer luego con ellos? ¿Habrá luz eléctrica? ¿Campo o ciudad? ¿A qué o a quién vamos a enfrentarnos? ¿Cuántos serán, qué

armamento opondrán al nuestro? ¿Atacaremos abiertamente o en sistema comando? ¿El objetivo es militar, civil, en tierra firme o en el agua...?

—Bueno, mi comandante, sólo se trata de que usted entrene a los hombres a utilizar las armas, a moverse ordenadamente y con órdenes bien establecidas, a repeler agresiones del tipo cuerpo a cuerpo, a...

—A tocarse los huevos —gruñó Oscar—. ¿Pretenden burlarse de mí?

—Desde luego que no, señor. Pero «Black Klan»...

—Escuche esto —Oscar apuntó con un dedo al pecho del negro George—: yo quiero saber las respuestas a todo lo que he preguntado hace un momento, a fin de manejar bien a mis hombres cuando llegue la ocasión. Si no obtengo cuanto antes esa información sobre el objetivo y demás, no aceptaré ninguna responsabilidad por el posible fracaso. ¿Está esto claro?

—Sí, mi comandante.

—Pues dígaselo así a «Black Klan», o a quién demonios pueda tomar, una decisión al respecto. ¿Cuál es mi alojamiento?

—En la casa, señor.

—Pues vamos allá —gruñó Oscar Platt—. ¡Maldita sea, en toda mi vida he oído tontería semejante! ¡Entrenar hombres sin saber qué tendrán que hacer exactamente! ¡Bah!

Y comenzó a caminar a largas zancadas hacia la casa.

* * *

Aquella misma noche, una cosa quedó, bien clara, durante las cinco horas de entrenamiento de las once de la noche a las cuatro de la madrugada: Oscar Platt era seco, frío y exigente..., pero nadie tenía que decirle cómo manejar a cien hombres.

Para cuando empezó el entrenamiento, ya había separado la centena en diez decenas que operarían por separado pero conectadas con un mando de pelotón. Cada uno de estos hombres que mandaban uno de los pelotones tenía como misión básica atender las órdenes de Oscar Platt, que eran efectuadas sólo con gestos, y que ellos debían, imitar inmediatamente, para que sus hombres, pegados a él, las vieses y las cumpliesen al instante.

Estaba prohibido hablar, y por supuesto, la idea de encender un cigarrillo en cualquiera de los períodos de cinco minutos de descanso no se le ocurrió a nadie. No se debían llevar llaves, o monedas, o cualquier cosa que pudiera hacer el menor ruido. Ningún hombre debía moverse nunca a menos de cinco metros de su compañero más cercano...

A las cuatro de la madrugada se dio por finalizado el primer entrenamiento dirigido por Oscar Platt, y los cien hombres se retiraron al cobertizo, donde deberían permanecer hasta la próxima jornada; salvo unos pocos, que deambularían por la granja con su ropa de faena por si alguien se fijaba en aquella granja, tan bien cuidada.

CAPÍTULO VIII

La puerta de la habitación que ocupaba Oscar en la casa se abrió de pronto y un hombre entró. Oscar se sentó rápidamente en el lecho.

—¿Quién es? —masculló.

—Soy George, señor. Buenos días —el negro se desplazó hasta la ventana, y abrió la persiana, dejando ver el resplandor del sol—. Tiene usted que vestirse inmediatamente, mi comandante.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Ha sido llamado al Campus 1. Dentro de media hora vendrán a buscarlo para llevarlo allá.

—¿Al Campus 1? ¿Por qué? ¿Qué tengo que hacer allí?

—Lo ignoro, señor. Todo lo que puedo decirle respecto al Campus 1 es que allí está instalada la Comandancia Central.

Oscar salió de la cama, interesado.

—¿Quiere decir que allí está el mando de toda la operación? ¿Está allí «Black Klan»?

—Es de suponer que sí, mi comandante. ¿Qué desea para desayunar?

—¿Qué maldita hora es?

—Las diez y media.

—Tomaré café y fruta.

—Muy bien, señor. Estará preparado en cinco minutos.

—Ése es el tiempo que necesito yo para estar listo para partir.

A las once, cuando ya Oscar había tomado su desayuno y estaba fumando en el porche de la casa, apareció el helicóptero. Al parecer, la organización «Black Klan» no carecía de medios de transporte, ya que no era el mismo helicóptero del día anterior. Sí, estaba claro que disponían de medios: hombres, armas, transportes..., y, por supuesto, dinero. No parecía que el punto flaco

de «Black Klan» pudiese estar en la parte financiera.

—Espero que tenga buen viaje, mi comandante —deseó el muy atento y servicial George—. Y ojalá que esta noche lo tengamos de nuevo con nosotros. El Campus

94 ha

estado esperando un mando demasiado tiempo..., y usted nos gusta, señor.

Oscar lo miró de soslayo.

—Gracias —murmuró—. Y hasta la vista, George.

Se dirigió hacia el helicóptero, que acababa de tomar tierra. Sus aspas seguían girando, por lo que Oscar tuvo que inclinarse, so pena de perder la cabeza. Estaba subiendo al aparato cuándo, en la parte de atrás, la vio, sentada, mirándole como fascinada.

—Fanny...

—Hola, Oscar —susurró la muchacha.

Oscar pasó al asiento de atrás, puesto que los dos delanteros estaban ocupados por el piloto y otro hombre, ambos de raza negra, por supuesto. El helicóptero se elevó inmediatamente, y tomó rumbo sur.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Oscar.

—Él quiere que vaya a visitarlo. Parece que está demasiado ocupado para desplazarse, así que hace llamar a su... juguete. ¿Por qué te han llamado a ti?

—No tengo ni idea. ¿Tú tampoco lo sabes?

—No. Pero sí sé una cosa: ser llamado al Campus 1 significa una gran distinción, un... privilegio. O un gran peligro. ¿Has hecho algo indebido?

—Que yo sepa, no —gruñó Oscar—. Incluso mi ayudante del Campus acaba de decirme que he caído bien a los hombres.

—Entonces, no te preocupes.

Diciendo esto, Fanny deslizó su mano en busca de una de Oscar. La tomó, y la apretó con fuerza. Oscar miró aquella pequeña y elegante mano en la suya, y luego miró a los dos negros. Desde luego, ninguno de ellos podía darse cuenta de la actitud de Fanny, pero, de todos modos, intentó retirar la mano. Ella la sujetó con más fuerza, y le miró con expresión sumisa y suplicante.

—¿Ni siquiera esto? —susurró.

Oscar Platt no contestó. No quiso complicar las cosas. Permitió

que Fanny se saliera con la suya, y se dedicó a mirar hacia abajo, hacia los campos, bosquecillos, ríos... En la distancia, se veían altas montañas en las que parecían destellar pequeñas manchas de nieve.

Poco después de las doce, aterrizaban en el Campus 1. Nada que resaltar en éste: parecía una copia del Campus 94. Pero muy pronto Oscar captó las pequeñas diferencias. Por ejemplo, en la tierra se veía más auténtica actividad agrícola que en el Campus 94, había más hombres trabajando. En cambio, no había ningún hombre escondido en el cobertizo, en el cual fue encerrado el helicóptero, junto a dos más, un automóvil de lujo, dos *jeeps*, tres poderosas y veloces motocicletas..., y media docena de ametralladoras cubiertas por lonas, que no fueron suficiente camuflaje para la experta mirada de Oscar Platt. Dos hombres ostensiblemente armados de metralletas vigilaban este material, dentro del cobertizo.

Y otros dos habían acudido a recibir a los recién llegados. Dos negros vestidos con trajes corrientes, que examinaron con inocultable curiosidad a Oscar.

—Comandante Platt —habló uno de ellos—, soy el comandante Hayworth. Él es el comandante Dillham. Venga con nosotros, por favor. Usted también, naturalmente, señorita Fanny.

Se dirigieron hacia la casa. Dentro de ésta, había dos hombres también armados de metralletas, en el amplio vestíbulo. Pero parecían estatuas, ni siquiera parpadearon. Hayworth señaló una puerta a la izquierda del vestíbulo, fueron hacia allá, llamó y abrió.

—Por favor —señaló hacia dentro.

Oscar Platt supo inmediatamente quién era «Black Klan», o, por mejor decir, Moss Garrison. Lo supo en cuanto lo vio avanzar hacia ellos, sonriendo ampliamente. Era feo, pero tenía una sonrisa simpática, incluso encantadora. Alto, atlético aunque quizá algo grueso, macizo, sólido. Vestía un elegante traje de calle de tono azul, y resultaba, en principio, un sujeto interesante, con su gran cabeza, su boca grande, sus facciones virilmente rudas, su frente amplia... Llevaba el cabello lo suficientemente corto para que no pudiesen tomar forma sus rizos... Oscar Platt supo que este hombre era «Black Klan» incluso antes de que, llegando ante ellos, besase suavemente a Fanny en los labios.

—Mi querida Fanny... Perdona que te haya tenido descuidada estos últimos días, pero he estado muy ocupado. Sin embargo, te

aseguro que te he echado de menos.

—Yo también a ti, Moss —murmuró Fanny.

Moss Garrison la tomó de la barbilla, y la miró sonriendo, desviando en seguida la mirada hacia Oscar.

—¿No es deliciosa, comandante Platt?

—Pues... sí. Sí, señor, supongo que sí.

—¿Lo supone? ¡Bueno...! —el negro se echó a reír—. ¡No me diga que además de ser sordo es también ciego!

—No, señor —sonrió apretadamente Oscar—. No soy ciego. Sólo soy cauto. Nunca me he interesado por lo que no había de poder conseguir, señor.

Moss Garrison se quedó mirándolo con suma atención, efectuando rápidos parpadeos, como desconcertado. De pronto, volvió a reír, divertido.

—¡Me gustan los hombres cautos! Y, efectivamente, lo es usted, por lo que tengo entendido... Fanny, mi amor, ¿te importaría que nos viésemos un poco más tarde?

—No... Claro que no. Estaré en... en mi habitación.

—Perfecto —sonrió ampliamente Garrison, mostrando una dentadura impecable—. Te acompañaré.

Salíó del salón. Oscar quedó inmóvil, mirando a los otros hombres negros que había en el salón, todos de pie, inmóviles, silenciosos, mirándole fijamente. Todos vestían correctamente de calle, todos parecían inteligentes... El más joven debía tener no menos de cuarenta años. El de más, edad, rondaba los sesenta. Por su parte, Oscar los clasificó inmediatamente como militares.

—La obligación es antes que los deseos personales —apareció diciendo Moss Garrison—. Bien, comandante Platt, discúlpeme si por el momento no le presento uno a uno a los miembros de mi Estado Mayor. En realidad, son ellos los que quieren conocerle a usted. Y yo también, por supuesto. Es usted un hombre de gran personalidad... Nuestros demás comandantes de Campus son... anodinos; seguramente, eficaces en su labor, pero anodinos. En cambio, usted ha impresionado a todos aquellos de mis subalternos con los que se ha relacionado: Pearl Howells, Fanny, Dewey, George... Oh, y también a Wanda, la hermana de Pearl. Temo que no simpatiza mucho con usted, pero, evidentemente, no le es indiferente.

—¿Está ella aquí? —Frunció el ceño Oscar.

—Así es. En estos momentos está con Fanny... Es curioso el contraste entre ellas: una negra y una pelirroja. ¿Cuál le gusta más a usted? Y ahora estoy hablando en serio.

—La pelirroja, naturalmente, señor.

—¿Sí? Bueno, es natural. A mí también me gusta mucho Fanny, pero en cuanto vi a Wanda... Bueno, dejemos esta conversación frívola, comandante Platt. Veamos..., Tengo entendido que no está usted de acuerdo con mis disposiciones para el entrenamiento de mis hombres.

Oscar ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Entiendo —murmuró—. George le envió un mensaje explicándole mi postura, ¿no es cierto?

—En efecto.

—No era mi intención ofender a nadie, señor. Solo...

—Tonterías, tonterías —movió las manos Moss Garrison—. Yo quiero realidades, cosas positivas. Olvide sus palabras despectivas, de veras. Y explíquenos qué es lo que haría usted a fin de garantizar el éxito de la operación.

—No puedo decirlo, señor, si no sé en qué va a consistir la operación, ni contra quién vamos a luchar, ni dónde, ni...

—Ningún soldados del mundo —intervino uno de los negros hasta entonces silenciosos— es entrenado del modo que usted dice, Platt. Se les puede entrenar para determinado modo de combatir, para adaptarse a determinado terreno, pero a ninguno se le explica con anterioridad dónde actuará exactamente, ni contra quién. Eso se hace en el último minuto, a ser posible.

—Eso es cierto —lo miró Oscar—. Pero usted está hablando de tropas regulares, y de una guerra amplia que puede tener variaciones insospechadas y objetivos variados determinados por las circunstancias. Sin embargo, éste no es nuestro caso, ¿verdad? A juzgar por lo que he entendido hasta ahora, nosotros estamos preparando una operación concreta, en un lugar fijo y concreto, que no variará ni en su topografía ni en sus condiciones logísticas; tampoco creo que vaya a variar en sus características de oposición, es decir, respecto al número de hombres que se nos enfrentarán y con qué armamento, vehículos, sistema de comunicación para pedir ayuda, y demás detalles. Tenemos un objetivo único y concreto, y

me parece una imprudencia no dárselo a conocer a nuestros hombres desde el primer momento y con todos los detalles. De ninguna manera pretendo molestar a nadie, pero éste es mi punto de vista. Si estoy equivocado, lo siento.

Se hizo el silencio; un silencio largo, tenso. Los ceños de los miembros del Estado Mayor estaban fruncidos. «Black Klan» miraba a Oscar como hipnotizado. Por fin, murmuró:

—Hay una cosa que se llama secreto militar, comandante Platt.

—Lo sé. Pero está claro que ésta no va a ser una guerra convencional. Yo más bien diría que se va a tratar de un golpe de mano..., por mucha importancia, envergadura y categoría que tenga. Esto significa que no podemos permitirnos fallar, puesto que no habría una segunda oportunidad..., cosa que sí sucede en las guerras: si no se toma una posición al primer asalto, se puede insistir. Yo pregunto: ¿podremos nosotros insistir si fracasamos? ¿Tendremos una segunda o tercera oportunidad? ¿Sí?

—No —murmuró Garrison—... No existiría tal segunda oportunidad, comandante Platt.

—En ese caso, señor, no tengo nada más que decir.

Moss Garrison se sentó en un sillón, encendió un aromático cigarro de Virginia, y estuvo más de un minuto contemplando el humo que iba expeliendo lentamente. De pronto, movió la cabeza.

—Yo estaba convencido de que, ocupando la plaza del Campus 94, ya habían terminado los problemas, puesto que he desistido de llegar al Campus 100. Nos conformaremos con noventa y cuatro, ya que casi diez mil hombres son suficientes. Creía que sólo era cuestión de esperar el momento oportuno, que terminasen el entrenamiento... Pero ahora, me ha fastidiado usted, comandante Platt.

—Lo siento.

—No lo sienta. Creo que tiene razón... ¿Qué decís vosotros?

Los ocho miembros del Estado Mayor comenzaron a hablar a la vez, y muy pronto sus voces se fueron elevando de tono. Garrison, que iba mirando de uno a otro con expresión irritada, emitió súbitamente una especie de ladrido, y todos callaron a la vez.

—No se trata de discutir —gruñó—. Sé muy bien que como militares tenéis categoría suficiente para haber organizado todo el proyecto a la perfección, cuidando todos los detalles. En ese aspecto

estoy contento de vuestra colaboración. Nada que oponer. Ya he admitido que sois buenos militares... Pero quizá ahí esté el fallo. Sois demasiado militares. Estoy pensando que un punto de vista como el de Platt, menos formalista y académico, puede ser mejor. Él tiene razón: es un golpe de mano, o una batalla con varias posibilidades. O lo conseguimos a la primera, o jamás lo conseguiremos. Por lo tanto, todos nuestros hombres, o al menos los noventa y cuatro comandantes de Escuadrón, deben saber cuánto antes en qué consiste exactamente el proyecto, a fin de que todos y cada uno de los hombres sepan con toda exactitud dónde, cuándo, en qué condiciones y contra quién va a tener que luchar.

—Eso es un disparate —protestó uno de los hombres.

—Una locura —apoyó otro—. ¡No podemos decirles a casi diez mil hombres cuál es el objetivo!

—Quizá se podría llegar a una situación intermedia —dijo calmadamente Oscar—. Desde luego, los comandantes debemos saberlo ya. Luego, cada comandante puede ir preparando a sus hombres en ese sentido, y explicarles la operación exacta y el lugar exacto sólo una semana antes del golpe.

De nuevo comenzaron todos a discutir, hasta que Garrison emitió otro ladrido.

—¡Ya basta! Usted es un hombre de ideas, comandante Platt. Me alegra no haber ordenado su ejecución, y debo decirle que estoy de acuerdo con su última idea. Los comandantes de Escuadrón serán informados a la mayor brevedad posible. Y puesto que está usted aquí, empezaremos por usted... Incluso tengo la esperanza de que pueda aportar alguna... idea guerrillera. Parece que es su especialidad, ¿no?

—Bueno —sonrió Oscar—: en Vietnam, o tenías ideas o te quedabas sin cabeza.

—¡Buena respuesta! —rió Garrison, poniéndose en pie—. Acérquese, por favor. Bajad el mapa.

Uno de los militares se acercó a una pared, asió la anilla de un gran plano, y tiró hacia abajo. Una sola mirada bastó a Oscar para saber de qué se trataba, y su mirada saltó vivamente hacia Moss Garrison.

—Eso es Washington —murmuró.

—En efecto. La capital de la nación —se acercaron al gran plano

extendido—. El cerebro de Estados Unidos, comandante Platt... Un cerebro manipulado hasta ahora por los blancos. ¿Qué tenemos en Washington? Veamos... Tenemos, por ejemplo, el Departamento de Estado y el Departamento del Interior, el Departamento de Correos y el de Trabajo, el Departamento de Justicia, el Archivo Nacional, la Comisión Federal, el Senado, el edificio de la Voz de América, el del FBI, la NASA, el Colegio Nacional de la Guerra, el Pentágono... Y tenemos, cómo no, la Casa Blanca, aparte de otras muchas instalaciones de diversa importancia... ¿Se puede dar un golpe de mano con diez mil hombres y apoderarse de todo eso, comandante Platt?

—Demonios... ¡No lo sé! Tendría que estudiarlo detenidamente...

—Ya lo hemos hecho. Se puede... Con casi diez mil hombres actuando por sorpresa, bien armados, bien conjuntados y mejor dirigidos, podemos apoderarnos de Washington y de todo lo que eso significa, esto es, el cerebro de la nación..., el mando de la nación. No se trata solamente de apoderarse de todas las instalaciones y oficinas, sino de los rehenes que respaldarían nuestra seguridad. Hágase una idea del personal que estaría a nuestra merced como rehenes: desde el Presidente de Estados Unidos y su familia, hasta los miembros del Senado, que el día del golpe estarán en un pleno..., pasando, naturalmente, por todo el personal del Pentágono, el FBI, el Departamento de Justicia, el Departamento de Estado... ¿Se da cuenta?

—¡Que si me doy cuenta...! —exclamó Oscar— ¡Claro que me doy cuenta! ¡Eso es... es... fabuloso... y peligrosísimo!

—Sólo será peligroso si fallamos —sonrió Garrison—. Bueno, parece que está usted impresionado, comandante.

—Bueno, esto... ¡es increíble!

—Es factible. No hace falta que hagamos Historia, comandante, ¿verdad? Más de veinte millones de negros, descendientes de esclavos africanos, siguen siendo tratados aquí como ciudadanos de inferior categoría, despreciados y discriminados, por mucho que se diga. Y no hablemos de las salvajadas del Ku Klux Klan... Pues bien, nosotros hemos organizado el «Black Klan», para darle un giro a la Historia. En todos los países del mundo se producen golpes de Estado... ¿Por qué no en Estados Unidos? ¿Puede decírmelo?

—Pues... no. No sé... Supongo que sí se puede.

—Se puede. Tomaremos Washington, y desde la capital comenzaremos a dar órdenes encaminadas a tomar el mando general en todo el país. La fuerza inicial de choque son diez mil hombres nada más. Pero..., ¿sabe usted cuántos soldados y oficiales negros hay en las fuerzas armadas de Estados Unidos? De ahí, de esos cientos de miles de hombres saldrán los nuevos mandos... Sabemos qué tendremos colaboración abundantísima en cuanto hayamos tomado Washington: hay jefes y oficiales de raza negra que están esperando la noticia de que Washington ha sido tomada por el «Black Klan». Tenemos hombres en todas partes: en la Navy, la USAF, la Casa Blanca, el Pentágono, la NASA, la Voz de América, el FBI, la Policía... Después de tomar Washington con diez mil hombres, veinte millones de negros se apoderarán de todos los mandos del país. Como le digo, es factible. Y nosotros vamos a hacerlo. Vamos a proceder a explicarle nuestros dispositivos estratégicos y de ataque. Y luego, usted nos dirá si se le ocurre alguna nueva y mejor idea...

—Espere un momento... Hay algo que no encaja en todo esto, señor: yo soy blanco.

—Lo sé. Pero los blancos no le han tratado demasiado bien, ¿verdad? Como usted, hay miles que aceptarán encantados el nuevo estado de la situación cuando les ofrezcamos la oportunidad de sus vidas. Queremos contar con blancos como usted, comandante Platt. A menos que no le interese ser, dentro de unas pocas semanas, uno de los hombres importantes de Estados Unidos..., que no variará demasiado en líneas generales: simplemente, el poder será negro..., y más justo y ecuánime que lo ha sido hasta ahora el poder blanco. ¿Lo entiende?

—Por supuesto.

—¿Y cuál es su decisión?

—Acepto.

—Muy bien. Hablemos entonces de la operación. Naturalmente, los diez mil hombres negros armados que deberán tomar Washington entrarán en la capital en grupos pequeños, e incluso individualmente y por distintos medios, y se irán agrupando conforme a lo dispuesto por los jefes de Escuadrón, que...

—¿Y pensaban hacer ustedes todo esto sin haber trabajado sobre

el plano de Washington? —exclamó Oscar—. ¿Sin haber señalado a los hombres las calles, carreteras, puntos a tornar...?

—Se guardaba esa información a los hombres para el último momento.

—Pero... ¡es mejor lo que yo he sugerido!

—Casi estoy de acuerdo con usted —asintió Garrison—. Pero vamos a explicárselo todo, y luego tomaremos en conjunto una decisión final. Bien, como le iba diciendo...

CAPÍTULO IX

Oscar Platt volvió la cabeza cuando la puerta de su habitación se abrió silenciosa y sigilosamente. Su mirada pareció chocar con la de Fanny, que entró en seguida y cerró. Oscar frunció el ceño, volvió a mirar hacia los campos que se veían desde la ventana ante la cual estaba sentado en una cómoda mecedora, y siguió fumando.

—Oscar...

—¿Qué quieres? —Gruñó él, sin volver la cabeza. Fanny quedó ante él, mirándole intensamente.

—Moss acaba de dejarme, después de... de la siesta...

—Ah. En ese caso, tengo que bajar. Quedamos que después de descansar tras el almuerzo, volveríamos a reunirnos, para exponer nuevas ideas. Aunque quizá lo voy a encontrar un poco... fatigado. Al parecer, él no se ha dedicado a descansar.

Fanny bajó la mirada.

—Ya te lo dije —se estremeció—. Me trata como... como si fuese una muñeca, juega conmigo... O va a buscarme, o me hace venir aquí. ¡Oscar, ya no puedo más...!

—Díselo.

—¡Decírselo! —gimió Fanny—. ¡Me mataría!

—Entonces, sigue con él. Tienes que elegir, Fanny: o ser su muñeca o ser un cadáver.

—Oscar... Oscar —Fanny se sentó en sus rodillas—..., ¿de verdad no te importo nada?

—¿Por qué habrías de importarme?

—¿Es por... por él? ¿Porque vengo ahora mismo de... de ser suya, de...?

—El acto sexual, Fanny, no es la base de mi vida. Ni soy de los que consideran que una mujer está... manchada o gastada porque

haya estado antes con otro hombre. Sería estúpido considerar que un ser humano pierda... valor o cotización por eso. Si fuese así, todos estaríamos desvalorizados. De modo que no seas absurda.

—Entonces..., ¿podrías amarme a pesar de lo de Moss?

—Podría. Pero no puedo amarte por otras razones..., la más importante de las cuales es que me has estado engañando, mintiendo. Tú sabías, conocías perfectamente los planes de Moss... Él habla mucho y sé que en la cama sabe expansionarse más, sobre todo con su «muñeca», a la que, sin duda, en todo momento querrá tener... deslumbrada, admirada. ¿No es cierto que tú lo sabías todo?

—Bueno... Sí, es cierto, pero... no sabía si podía confiar en ti, pensaba... que podías ser un enviado de él, ya te lo dije.

—Dejémonos de tonterías. —Oscar se puso en pie, casi derribando a la muchacha—. Tengo que ir abajo.

—¿Vas a apoyarle? ¿Vas a seguir bajo sus órdenes, vas a permitir que todo ese plan siga adelante?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Moss Garrison me ha ofrecido más que cualquier otra persona en la vida. Y desde luego, mucho más que tú. Aunque quizá también él me esté engañando, y no me haya explicado la verdad sobre la operación y el modo de llevarla a cabo... Me gustaría saber eso. ¿Qué te ha dicho a ti?

—Quiere tomar Washington, y luego todo el país, utilizando como rehenes a las personas que queden en poder de sus escuadrones durante la operación. Luego, implantará un gobierno negro, apoyado por todos los negros del país, y especialmente por los que ocupan puestos importantes y que hasta ahora no están interviniendo... ¡Eso es lo que quiere hacer ese loco!

—Entonces, no me ha engañado... ¿Loco, dices?

—Oh, Dios, está loco... ¡Estáis locos todos! ¿No comprendes que eso no se puede conseguir?

—Yo creo que sí.

—Pero...

pe-pero

... ¡Oscar, no puedes intervenir en una cosa así!

—Eres fantástica. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—Podríamos... seguirle el juego, y escapar los dos en cuanto tengamos oportunidad. ¡Oscar, serías todo lo importante que quisieras si ibas a explicarle todo esto a la policía, o al FBI! ¡Pero si

sigues adelante, morirás, nos matarán a ti y a mí cuando ya hayan conseguido lo que quieren! Podemos marcharnos tú y yo, y... y vivir juntos, de modo que... que olvidásemos todo esto...

—No sería fácil escapar de aquí —gruñó Oscar.

—Ahora, no. Pero sí lo sería si esperamos a que vengan a por nosotros para llevarnos con el helicóptero a la casa y al Campus 94... Sólo van dos hombres en el helicóptero... ¡Oscar, podemos hacerlo!

Oscar Platt miró fijamente a la muchacha. Se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—Podrían matarnos. Deben tenerlo previsto todo.

—¿Cómo podrían prevenirlo? Nosotros viajaremos en la parte de atrás del helicóptero. ¡Un hombre como tú puede dominar la situación fácilmente!

—Si me presento con esta información a la policía, dirán que el loco soy yo. Ni siquiera sé dónde están los otros Campus, no sé ni dónde estoy ahora, no conozco más nombres que el de Moss Garrison..., y en cuanto yo escapase, él desaparecería, avisaría a todos sus hombres, y todos se ocultarían, quizá esperarían otra oportunidad para llevar a cabo la operación... Aunque ya no intentarían lo mismo, buscarían otra cosa... ¿Tú sabes si Moss tiene... algún fichero donde consten los nombres de todos los colaboradores, o algo así?

—No, no tiene ningún fichero. Tiene una libreta con muchas anotaciones, pero la guarda en la caja fuerte, en un despacho donde se encierra cuando quiere pensar solo... ¡Ahí debe tener todos los datos que tú quieres!

—Seguramente. ¿Dónde está ese despacho?

—Es un cuarto pequeño debajo de la escalera que sube desde el vestíbulo a este piso.

—Ya. Bien, no sé... ¡Si pudiese conseguir esa libreta, todo sería diferente! Se me está ocurriendo una cosa, Fanny... No vamos a hacer nada, no escaparemos cuando se nos lleven de aquí en helicóptero. Lo que haremos será esperar... Tenemos que conseguir pasar la noche en esta casa.

—¿Por qué? ¡Con el helicóptero...!

—No, no, no... Está la libreta. ¡Quiero esa libreta! Y te diré cómo la vamos a conseguir: esta noche, cuando todos estén

durmiendo, incluido Moss, tú tienes que salir de la habitación, después de quitarle la llave de la caja... No. No, no, no... ¡es demasiado peligroso para ti! Tendré que intentarlo yo solo, de otro modo...

—¡No! Quiero ayudarte... ¡Si ha de pasar algo, que nos pase a los dos! Oscar, no puedo más, no quiero estar más tiempo con él, no quiero ver más negros a mi alrededor, vigilándome y... ¡y violándome con la mirada! ¡No puedo más! Yo... yo haré lo que me digas...

—Está bien. Tienes que comportarte de modo normal, como hasta ahora. Y esta noche, cuando Moss se haya dormido, le quitas la llave de la caja fuerte... Debe llevarla encima. Cuando tengas la llave, vienes a esa habitación. Te estaré esperando. Bajaremos a ese despacho, abriremos la caja, y cogeremos la libreta. El resto tendré que hacerlo solo, pero creo poder conseguirlo... En Vietnam hice algo más que romperles la cara a dos desgraciados armados con metralletas. Si consigo esto, podremos escapar en uno de los helicópteros... ¿Crees que podrás hacerlo? ¿Te atreverás? Fanny, piénsalo bien, no te precipites: ¿podrás..., te atreverás?

—Lo haré... ¡Lo haré, Oscar!

—Piénsalo bien: si fracasas, si Moss se da cuenta, los dos moriremos.

—No... Sé que lo conseguirás. Y además, no puedo aguantar más esta situación.

—Está bien Pero no te precipites, espera a estar segura de que él se ha dormido. Yo estaré despierto, sea la hora que sea, de modo que no te preocupes por eso, ¿comprendes?

—Sí... Sí, Oscar.

Fanny se abrazó a él, y ofreció sus labios un tanto rígidos por la tensión... Pero se suavizaron en cuanto recibió el beso de Oscar; un beso lento, largo, profundo. Las manos de Oscar se deslizaron por las caderas de la muchacha, y luego se deslizaron sobre los senos, para empujar suavemente y apartarla, provocando un suspiro de desilusión en la pelirroja.

—Será mejor que salgas de aquí ya —murmuró él.

—Oscar..., tendré que acostarme de nuevo con él, querrá otra vez... ¿De verdad eso no te importa?

—Puedes decirle que no te encuentras bien... Claro que me

importa, Fanny, pero no significa nada, no significará nada para nosotros cuando esto haya terminado.

—Me moriría si... si te perdiese ahora...

—No vamos a morir —sonrió secamente Oscar—. Vamos, sal de esta habitación, pronto. Es mejor que nadie te vea aquí.

La empujó suavemente hacia la puerta, la abrió..., y vio en el pasillo, frente a la puerta, a Wanda Howells, mirándole fijamente. Oscar Platt sintió como un escalofrío, pero su reacción demostró el gran dominio que tenía sobre sí mismo. Del modo más natural del mundo se volvió a mirar a Fanny, que había palidecido.

—Gracias, Fanny —dijo, festivamente—, pero ya había oído bajar a Moss; y ahora mismo iba a bajar yo. ¿Ves lo que pasa por criticar a la gente? —Hizo un movimiento con la barbilla hacia Wanda—: Se te aparecen como fantasmas. Y ten cuidado con ella: está buscando el modo de quitarte el puesto junto a Moss. ¿No es verdad, Wanda?

La negra miró de nuevo a Oscar tras contemplar a Fanny, y no contestó. Fanny salió de la habitación, y, ya controlando su reacción, dijo:

—Ya hace rato que él bajó, Oscar. Y sé que no le gusta esperar.

—En ese caso —sonrió Oscar Platt—, no debimos perder tiempo hablando de fantasmas. ¿Se te ofrece algo, linda negrita?

Wanda Howells hizo un gesto rabioso y se dirigió hacia las escaleras. Oscar salió de la habitación detrás de Fanny, cerró la puerta, y se despidió de la pelirroja con un gesto, diciendo:

—Me voy detrás del culo de Wanda: debo admitir que en ese aspecto es muy de mi agrado. ¡Hey, negrita! ¿Tanta prisa tienes?

La alcanzó en la escalera y la tomó de un brazo. Wanda se volvió como una fiera y lanzó un tremendo bofetón al rostro de Oscar, que parecía estar esperándolo, porque lo esquivó fácilmente, y, acto seguido, aprovechando la pérdida de equilibrio de Wanda, la abrazó por la cintura y la atrajo con rudo gesto contra su pecho.

—Eres una gatita rabiosa —susurró—. ¿Qué te parece si tú y yo nos encontramos esta noche en el tejado?

—Suéltame, cerdo.

—Vamos, vamos... ¿Acaso Pearl no le ha explicado lo bien que sé portarme con las negritas? Le proporcioné unas horas de felicidad en la cama, y a cambio de ello, ella preparó mi muerte...

¿No te parece que ella es más cerdita que yo? ¡Y una desagradecida!

—Si no me sueltas...

—¿Qué? ¿Vas a mordirme? ¿Vas a clavarme tus garras de gatita? No seas tonta: lo pasarías mejor de otro modo, ¡y todo quedaría en familia! Podríamos montar un placentero grupo tú hermana, tú y yo... ¿Qué te parece?

Wanda hizo un gesto brusco para soltarse, pero fue inútil. Oscar sonrió, la abrazó con más fuerza, inmovilizándola totalmente, y la besó en la boca... Durante un par de segundos, Wanda no pareció capaz de reaccionar. De pronto, abrió su boca dentro de la de Oscar, y lanzó un mordisco. Oscar emitió un alarido y se apartó rápidamente, llevándose la mano a la boca, tocando con cuidado su labio inferior. Luego, miró la manchita de sangre en sus dedos, y acto seguido alzó la mirada hacia Wanda.

—Me gustas —sonrió—. Te aseguro que tú y yo...

—¡Comandante Platt! —Llegó desde el pie de la escalera la voz de Moss Garrison—. ¿En qué está usted perdiendo el tiempo mientras mi Estado Mayor y yo le esperamos?

Los dos se habían vuelto a mirar hacia abajo, donde Moss Garrison, manos en la cintura, les contemplaba con gesto irritado.

—Lamento el retraso, señor —dijo Oscar, con tono ligero—; he tenido un pequeño tropiezo con una gatita. Sin embargo, señor —comenzó a bajar al encuentro de Garrison—, tengo la esperanza de que me disculpe cuando le exponga una idea que estoy seguro será de su agrado.

—Más vale que sea así —gruñó Garrison—. Venga, ya hemos perdido demasiado tiempo...

CAPÍTULO X

El tiempo transcurría tan lentamente que Fanny Frost sentía deseos de gritar. Estaba en la gran cama que compartía con Moss Garrison, el cual roncaba fuertemente junto a ella... Todavía se estremecía cuando recordaba el último manoseo al que la había sometido Moss, pero, por suerte, aquella noche no había usado de ella en otro sentido, no sólo porque ella le había dicho que no se sentía muy bien, que algo de la cena le había sentado mal, sino porque, realmente, tras la sesión de la tarde, y luego del estudio de la modificación de planes con su Estado Mayor, en el que había integrado a Oscar Platt, Moss Garrison se había retirado cansado...

¿Qué hora debía ser? Calculó que no menos de las dos de la madrugada. Sí, por lo menos, las dos... Escuchó los ronquidos de Moss. No podían ser fingidos, él estaba durmiendo profundamente... Se movió en la cama y él no reaccionó. Sacó los pies fuera, los puso en el suelo incorporándose lentamente. Moss Garrison continuó roncando.

Un minuto más tarde, sin encender la luz, Fanny estaba frente al sillón donde Garrison había dejado sus ropas. En la ventana del dormitorio había un resplandor de luz de estrellas, apenas lo justo para ver el contorno de las cosas.

Fanny comenzó a palpar cuidadosamente las ropas de Garrison, hasta localizar las llaves. Invirtió más de tres minutos en retirarlas del bolsillo sin hacer el menor ruido. Las dejó en el suelo, fue adonde estaba su ropa, y se vistió. Otros tres minutos, quizá cinco... No tenía la menor noción del tiempo. Por supuesto, no se puso los zapatos, sino las zapatillas. Fue a la puerta, la abrió silenciosamente, salió al pasillo, y cerró. Llevaba las llaves en la mano izquierda, apretándolas fuertemente para impedir que

sonasen. Se deslizó en la oscuridad hasta llegar ante la puerta del dormitorio destinado a Oscar.

—Oscar —llamó, acercando su boca al quicio de la puerta.

Ésta se abrió casi inmediatamente. Al resplandor de la ventana, Fanny vio la alta silueta de Oscar, completamente vestido.

—¿Las tienes? —susurró él.

—Sí...

Oscar salió de la habitación, cerró la puerta, y tomó de la mano a Fanny. Descendieron en silencio, llegaron a la planta, y ella le guió en la oscuridad, hasta que tocaron la puerta del pequeño despacho. Oscar la abrió, sin contratiempos. Entraron, y ella encendió la luz cuando él se lo pidió. Tras parpadear ambos, Fanny señaló un pequeño cuadro que se veía en la pared del fondo. Oscar rodeó la mesa que había allí, se colocó ante el cuadro, y lo quitó... Apareció la caja fuerte. Junto a él, Fanny le tendió las llaves. Oscar seleccionó en seguida la que correspondía a la caja, y la introdujo en la cerradura. Pero antes tenían que mover el dial de la combinación...

—¿Conoces la combinación? —susurró él.

—No... No. ¡Oh, Dios mío!

—Tranquilízate.

Oscar aplicó un oído a la puerta de acero, y comenzó a mover suavemente el dial... Dos minutos más tarde, dejó de manipular en éste, accionó la llave..., y la puerta se abrió. Fanny se llevó una mano a la boca para ahogar el grito de sorpresa. Oscar le dirigió una breve mirada de reojo, metió la mano dentro de la caja, y comenzó a sacar cosas: documentos, dinero, sobres, una pequeña carpeta, una libreta de tapas negras, un pasaporte... Fanny estaba señalando la libreta, y Oscar se apresuró a interesarse por ella, hojeándola.

—La tenemos —murmuró—. ¿Es cierto lo que me contaste sobre tu padre?

—Sí... Sí...

—Veamos si encontramos esos documentos, esas pruebas que...

La puerta del despacho se abrió. Sin brusquedad, sin ruido, pero ambos lo notaron, y se volvieron sobresaltados. Fanny volvió a llevarse la mano a la boca, aunque esta vez sin conseguir ahogar totalmente el grito. Allí, en la puerta, estaban Wanda Howells y

Moss Garrison, éste con una pistola con silenciador en la mano derecha. El gesto del negro era entre furioso e irónico. El de Wanda, triunfal.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró Garrison—. No confiaba en usted, comandante Platt, y por eso le expliqué tantas cosas, todos mis planes. En primer lugar, porque esperaba buenas ideas de usted, como así fue. En segundo lugar, porque estaba usted destinado a no salir vivo de esta casa. Lo que no esperaba era que Fanny fuese tan increíblemente estúpida... Cierra, Wanda. No quiero que los demás se enteren y se pongan histéricos.

Wanda Howells cerró la puerta. Su mirada relucía como la de una auténtica gata contemplando un par de sabrosos ratoncitos. Moss Garrison había adoptado una actitud de sorpresa, interrogante a la vez.

—¿No tiene nada que decir, comandante Platt?

—Sólo una cosa: usted está loco. Jamás se saldrá con la suya.

—¿Por qué no? Sólo tengo que matarlos a los dos, enterrarlos discretamente y proseguir con mis planes.

—Ya no podrá, Garrison: está rodeado.

—¿Estoy rodeado? ¿De qué?

—De hombres armados. El Campus 1 es ahora el objetivo de doscientos hombres entrenados especialmente para acciones de asalto, correspondientes a una sección del Ejército. La sección de inteligencia militar, a la que pertenezco.

—¿De qué está hablando? —entornó los ojos Garrison.

—Mi verdadero nombre e historial ya lo conoce usted: soy el primer teniente (ahora capitán) Glenn Corbett, licenciado de los «Boinas Verdes» y adscrito por petición propia al servicio de inteligencia del Ejército de los Estados Unidos. Nuestros servicios de rutina se dieron cuenta de que la periodista de Nueva York, Olivia Lengton se estaba interesando por determinados militares, todos ellos de raza negra y, tras deliberar, se decidió vigilar a la señorita Lengton. Con tal fin, se me asignó una plaza de periodista en el Daily Yorker, para que estuviese cerca de ella..., hasta que fue asesinada. El resto, ya lo sabía, ¿no es así?

—Está usted mintiendo —jadeó Garrison.

—No sea estúpido. Mire, Garrison, ahora mis jefes y compañeros ya lo saben todo. Sabemos que la señorita Lengton, la famosa

periodista, fue asesinada porque comenzaba a saber demasiado. Ella se había enterado de algo, quizá por algún chivatazo de uno de sus hombres, y, en lugar de avisar a las autoridades, o al Ejército, decidió descubrir ella solita todo el tinglado, para ser todavía más famosa, un... monstruo del periodismo. Y eso le costó nada menos que la vida. No se debe ser tan ambicioso. Yo, por ejemplo, no lo soy, no soy de los que lo quieren todo para él, la fama, la gloria, el dinero... No. Yo lo comparto todo. Especialmente, los peligros. Se lo voy a repetir, Garrison: hay no menos de doscientos hombres bien entrenados rodeando en estos momentos el Campus 1. Y no sólo eso, sino que en estos momentos saben que estoy en un apuro y que necesito ayuda, de modo que se están preparando para invadir el Campus 1.

—¿Cómo han podido descubrir este lugar?

—Le aseguro, Garrison, que no soy sordo. Por el contrario, tengo un oído finísimo. En estas condiciones... ¿no le sorprende que lleve un audífono?

La mirada de Garrison fue hacia la oreja de Oscar.

—¿No es un audífono? —susurró.

—Por supuesto que no. Es un diminuto emisor por medio del cual he ido informando de mis pasos a compañeros desplazados siempre cerca de mí, es decir, hasta el límite del alcance del emisor: diez millas. Siempre he estado detectado, siempre han sabido dónde estaba, con quién, y qué hablaba. Sus planes son ya del dominio del servicio de inteligencia del Ejército, se están tomando medidas preventivas por si acaso..., y cuando yo entregue esta libreta, todos sus amigos serán barridos. Es el final. Todo está perdido.

—No le creo —tembló de ira la voz de Garrison—. ¡No es cierto nada de lo que ha dicho!

—Garrison: a menos que yo de una orden en sentido contrario, doscientos hombres tomarán por asalto esta casa antes de cinco minutos. ¿Es eso lo que quiere?

—Mátalo —dijo con voz aguda Wanda—. ¡Mátalo, mátalo!

Los ojos de Garrison, súbitamente inyectados en sangre, giraron con gesto enloquecido. Oscar Platt sabía que debía aquella situación a Wanda, que sin duda había estado espiando a él y a Fanny, impulsada por su odio; pero no era el odio de Wanda, ni ésta misma, quien interesaba a Oscar Platt, sino Garrison, que estaba al

borde de la crisis mental, se daba perfecta cuenta.

—¡Si no lo matas tú, lo haré yo! —gritó Wanda, blandiendo de pronto unas tijeras y abalanzándose contra Oscar.

Moss Garrison aún se sorprendió más que Oscar por el hecho de que Wanda tuviese aquellas tijeras, ocultas hasta entonces bajo su ropa de dormir, y tuvo un instante de titubeo... Un instante que lo decidió todo.

Lanzando un grito, Fanny se adelantó al encuentro de Wanda, interceptó su salto hacia Oscar, y sus manos aferraron la muñeca derecha de la negra. Simultáneamente, actuaron los velocísimos reflejos de Oscar Platt, que dio un salto increíble hacia el momentáneamente desconcertado Moss Garrison. Pero Garrison reaccionó también rápidamente, gritó al ver saltar hacia él a Oscar, le apuntó, y apretó el gatillo.

¡Plop!, chascó el arma.

Oscar no pudo contener un grito de dolor, pero el salto ya estaba dado, y, al mismo tiempo que caía de rodillas frente a las piernas de Garrison, disparó su puño derecho contra los genitales del negro, con toda su fuerza... Moss Garrison tuvo, por un instante, la sensación de que sus testículos se habían convertido en dos pequeñas bombas que acababan de explotar... Sólo por un instante; el brevísimo instante que tardó en morir, mientras Oscar, lívido el rostro, caía de bruces ahora, golpeando con su rostro las piernas del negro, que osciló hacia atrás y comenzó a caer...

Oscar rebotó, cayó finalmente de lado, y sus ojos desorbitados por el dolor vieron la pistola con silenciador, y sus oídos captaron los jadeos de las dos mujeres... Agarró la pistola, giró, y vio el cuadro, confuso por un instante, muy cerca de él: las dos mujeres habían caído al suelo. Wanda estaba a horcajadas sobre Fanny, y tenía en alto la mano derecha, empuñando rabiosamente las tijeras..., que ya estaban bajando hacia el pecho de Fanny Frost.

¡Plop!, disparó Oscar Platt.

Oyó perfectamente el grito de Wanda, y la vio saltar de encima del cuerpo de Fanny, girando y lanzando lejos las tijeras... Fanny se sentó rápidamente. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas y estaba mortalmente pálida. Vio a Oscar, vio la sangre que empapaba la ropa de éste por debajo del hombro derecho, y lanzó un gemido:

—¡Oscar...!

Éste desvió la mirada del cuerpo de Wanda Howells, y miró a la muchacha, que gateaba hacia él.

—Estoy bien —jadeó—. ¡Estoy bien! ¡Dame mi emisor!

Señaló hacia donde había el falso audífono, y la pelirroja se lo entregó con mano que temblaba violentamente. Oscar acercó el pequeño aparato a la boca.

—Estoy herido —jadeó—. Temo que en la casa hayan oído algo, todos se van a poner en movimiento. ¡Voy a intentar salir de aquí! ¡Preparados para asalto inmediato!

Se metió el aparato en un bolsillo, y se puso en pie, ayudado por Fanny, que sollozaba.

—Ayúdame a abrir la puerta —musitó Oscar.

Tuvieron que tirar con fuerza los dos, pues el cadáver de Moss Garrison había quedado bloqueándola. Cuando salieron al pasillo, oyeron las voces, que llegaban del piso de arriba. Oscar comenzó a correr torpemente hacia la puerta de la casa, dando traspiés. Estaban cruzando el vestíbulo cuando oyeron una voz:

—¡Comandante Platt! ¿Qué oc...?

¡Plop!, disparó Oscar, volviéndose rápidamente.

Arriba, en lo alto del tramo de escalones, uno de los miembros del Estado Mayor se llevó las manos al pecho, puso los ojos en blanco, y cayó hacia atrás. Junto a él, dos miembros más, empuñando pistolas, comenzaron a apuntar vivamente hacia Oscar y Fanny.

¡Plop, plop, plop!, disparó velozmente Oscar Platt.

Los dos negros desaparecieron, uno de ellos aullando como súbitamente, enloquecido. Caminando de espaldas, siempre a punto de caer. Oscar llegó a la puerta y la señaló, sin dejar de mirar hacia el piso de arriba... En el momento en que Fanny abrió la puerta, Oscar disparaba de nuevo. Luego, empujando a la muchacha, salió de la casa. Todavía estaban en el porche cuándo vieron las siluetas de los dos negros del cobertizo corriendo hacia la casa, empuñando sus metralletas... Los vieron perfectamente, pues las luces del piso de arriba se habían encendido en todas las ventanas, y su resplandor se esparcía alrededor de toda la casa... Ese mismo resplandor había deslumbrado un tanto a los dos negros, pero, al abrirse la puerta, pudieron ver perfectamente a Oscar y Fanny, recortados contra la luz del interior.

Ya era tarde para ellos.

Oscar Platt disparó contra la de la derecha sin más preámbulos ni consideraciones, y el negro dio un salto en el aire, cayó de cabeza, y rodó por el suelo. El otro se había detenido y comenzó a disparar con su arma, llenando la noche del estruendo de los disparos. Las balas crujieron alrededor y por encima de Oscar y Fanny, que se habían tirado al suelo. Y desde allí, Oscar volvió a disparar, con su escalofriante puntería. El negro lanzó un bramido y saltó hacia atrás lanzando la metralleta hacia arriba...

—Corre —jadeó Oscar, haciendo esfuerzos por ponerse en pie—. ¡Corre, Fanny!

—¿Y tú? ¡Oscar!

—¡Te digo que corras, aléjate!

—¡No!

Fanny tiró de él hacia arriba y Oscar quedó en pie, gritando, demudado el rostro... Le zumbaban los oídos. Cuando echó a correr hacia el cobertizo, le pareció que sus piernas eran de trapo, que se iban a doblar en cualquier momento. Y así fue: cayó de rodillas apenas entrar en el cobertizo, y la pistola escapó de su mano, pues apoyó ambas rápidamente en el suelo. Su cabeza quedó colgando...

—Oscar... ¡Oscar! ¡Tenemos los helicópteros, podemos escapar en uno de ellos!

—No... El helicóptero, no... Demasiado... complicado... Ayúdame a subir... a una motocicleta.

En pocos segundos, Oscar Platt estuvo en el sillín de una de las poderosas motocicletas, cuya llave estaba en el contacto. Lo accionó, y el poderoso y elegante zumbido de la máquina se dejó oír.

—Agárrate con fuerza a mí... ¡No te sueltes... pase lo que pase!

La máquina rugió con suave bramido poderoso, y pareció saltar hacia la gran puerta abierta del cobertizo, por la que salió disparada, como a punto de despegar...

—¡Por allá va! —Llegó el aviso desde la acera.

En el momento en que comenzaron a oírse unos disparos, el cielo se iluminó con la luz de la primera bengala, a la que siguieron muchas más...

—¡La madre que os parió! —aulló Oscar—. ¡Que todavía estamos aquí, cabrones!

Todavía se encendieron más bengalas y algunas balas crujieron cerca de los fugitivos..., pero éstos se pusieron fuera de tiro en cuestión de segundos, saltando con la motocicleta por el iluminado campo tan bien cuidado..., y en el que se veían docenas de hombres corriendo hacia la casa, todos equipados con casco y subfusil.

—¡Soy yo! —gritó Oscar Platt—. ¡No disparéis, somos nosotros!

Estaba ya quitando gas para detenerse antes de estrellarse, cuando su brazo derecho ya no pudo más. El manillar de la moto giró, la máquina saltó en el aire.

Lo último que supo Oscar Platt fue que, tras un corto vuelo, su cabeza chocó con algo, se llenó de luces... y acto seguido todas las luces se apagaron.

ESTE ES EL FINAL

Apenas había salido el coronel Swanson de la habitación de la clínica, cuando apareció el rostro de Fanny por un lado de la puerta. La muchacha se quedó mirando con los ojos muy abiertos al herido, que desde la cama la contempló hoscamente.

—Bueno, pasa —gruñó—. ¡Pareces una espía de película cómica!

La pelirroja entró, fue a sentarse en la silla recién abandonada por el coronel Swanson y dijo:

—¡Oh, Oscar...!

—Nada de gimoteos, ¿de acuerdo? —Gruñó él—. Y ya no me llamo Oscar, sino Glenn. Y no pongas cara de velatorio: dentro de quince días estaré como nuevo, y tendré un mes de permiso por convalecencia. ¡Me voy a morir de aburrimiento! A menos, claro está, que encuentre alguna... diversión especial. ¿Se te ocurre algo?

—No..., no sé...

—¿No sabes? Bueno, nunca me pareciste demasiado lista, pelirroja... Y tampoco tu padre fue muy listo, ¿verdad? Por suerte para ti, lo he arreglado.

—¿Has arreglado? ¿Qué has arreglado?

—He convencido al coronel Swanson para que se le eche tierra al asunto. ¿Qué va a ganar el Ejército manchando la memoria de tu padre? Nada. Al contrario, siempre obtendrá desprestigio. Así que nadie sabrá nada. A fin de cuentas, tu padre no fue un traidor, sino un simple granuja.

—Oscar... ¿has conseguido eso? ¿De verdad?

—Achácalo a mi amor... por el Ejército. Y a lo contentos que están mis jefes por haber sacado la red llena de peces. Me enviaron a pescar y les he ofrecido la mayor pesca de su vida, gracias a la libreta de Moss Garrison. Sí, señor: ¡la red llena de peces! Bueno,

¿qué es de tu vida? ¿A qué te dedicas? ¿Qué piensas hacer en el futuro?

Fanny Frost sonrió luminosamente de pronto.

—Estoy... preparando mi propia red..., para pescar el pez más grande e importante de mi vida.

—¿Una ballena?

—Oh, no... En todo caso, un tiburón... Un tiburón-tigre, claro. Se llama Glenn Corbett, pero a mí me gusta llamarlo Oscar...

El herido frunció el ceño.

—¿De modo que a ti también te gusta pescar?

—Según qué pez.

—Ya. Bueno, supongo que te habrás ocupado de poner una buena carnada en esa red, ¿no?

—Oscar, ya sé lo que harás durante el mes de convalecencia. Te dedicarás a amarme, y yo seré tan feliz que me convertiré en tu esclava, te daré todo lo que me pidas, seré para ti... ¡Oh, Oscar!

Oscar Platt, por mejor nombre Glenn Corbett, cerró los ojos cuando los labios de Fanny Frost se hundieron en los suyos: Bueno, tenía la cabeza vendada, un boquete en el hombro derecho, y le dolía todo el cuerpo... Pero todo esto eran minucias comparadas con la sensación de la boca de Fanny en la suya. Sin dejar de besarla, rodeó su cuello con el brazo sano y la apretó más contra su boca...

Cuando Fanny, casi asfixiada, no tuvo más remedio que interrumpir el beso, Glenn Corbett jadeó:

—¿Sabes? Me parece que tú también vas a sacar la red llena de peces...

—Yo me conformo con uno —susurró Fanny.

Y continuó extendiendo su red...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...